

Watchman Nee

**El ministerio
de oración
de la iglesia**

Living Stream Ministry

PREFACIO

Este libro consta de cinco mensajes acerca de la oración. El título es tomado del primer capítulo. Esperamos que mediante estos mensajes, los hijos de Dios aprenderán a orar tomando como centro el propósito eterno de Dios y a asumir la responsabilidad y la autoridad que Dios ha dado a la iglesia para que resista el ataque de Satanás contra la oración.

Librería evangélica de Taiwan

CONTENIDO

Capítulo 1

El ministerio de oración de la iglesia.....4

Capítulo 2

“Oraréis así”19

Capítulo 3

En el nombre del Señor Jesús: Encomendado a nosotros.....35

Capítulo 4

La oración de autoridad..... 46

Capítulo 5

Velad y orad.....57

EL MINISTERIO DE ORACION DE LA IGLESIA

“Por tanto, si tu hermano peca contra ti, vé y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano. De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo. Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt. 18:15-20, Reina-Valera 1960). Estos versículos se pueden dividir en dos secciones: los versículos 15-17 forman una sección, y los versículos 18-20 forman otra. Al leerlas cuidadosamente, podemos encontrar la relación que existe entre ellas. Los versículos 15-17 se refieren a un caso específico, mientras que los versículos 18-20 al principio general. Debemos confrontar el caso específico mencionado en los versículos 15-17, y debemos aprender con diligencia el principio general que se halla en los versículos 18-20. Aunque el caso se menciona primero y el principio después, el contenido de los versículos 18-20 es más importante que el de los versículos 15-17. En otras palabras, la primera sección trata de un caso específico; en tanto que la segunda de un principio general muy significativo. El caso de la primera sección se resuelve basándose en el principio establecido en la segunda sección. La segunda sección es el fundamento, y la primera simplemente resuelve un asunto basándose en el fundamento. En los versículos 15-17 el Señor Jesús nos dice cómo tratar a un hermano que peca contra otro. Primero, se debe reprender al hermano que pecó. Si éste no le hace caso al hermano en contra de quien pecó, el ofendido debe tomar consigo uno o dos más para que reprendan al ofensor. Si aún así no escucha, entonces se le debe decir a la iglesia. Si rehusa oír a la iglesia, debe ser considerado gentil y publicano. Después de mencionar este caso, el Señor Jesús dijo: “De cierto os digo...” dando a entender que se debe actuar de este modo debido a que estos asuntos son cruciales y a que éste es un principio importante. Es por eso que decimos que los versículos 18-20 son la base de los versículos 15-17.

No hablaremos del caso que se describe en los versículos 15-17. Nuestra intención es considerar el principio general que se ve en este asunto. Debemos ver que ésta

es la manera de afrontar no sólo las ofensas de un hermano sino también millares de situaciones diversas. Examinemos lo que Dios desea que sepamos de la segunda sección.

LA TIERRA CONTROLA EL CIELO

En el versículo 18 el Señor dice: “De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo”. ¿Qué es lo que caracteriza este versículo? Lo especial es que debe haber una acción en la tierra antes de que algo ocurra en el cielo. No es el cielo el que ata primero, sino la tierra, y no es el cielo el que desata primero, sino la tierra. Una vez que la tierra ata, el cielo ata, y una vez que la tierra desata, el cielo desata. La acción del cielo es dirigida por la acción de la tierra. Todo lo que se opone a Dios debe ser atado, y todo lo que está en armonía con El debe ser desatado. Atar o desatar todo lo que debe ser atado o desatado, debe tener su origen en la tierra. La acción de la tierra precede a la acción del cielo. La tierra dirige al cielo.

Algunos casos del Antiguo Testamento nos muestran que la tierra dirige al cielo. Cuando Moisés en la cumbre del monte alzaba sus manos, los israelitas prevalecían; pero cada vez que las bajaba, prevalecían los amalecitas (Ex. 17:9-11). ¿Quién determinaba la victoria de la batalla que se libraba al pie del monte, Dios o Moisés? Hermanos y hermanas, debemos ver cuál es el principio de la obra de Dios y la clave de Su acción: Dios no puede hacer lo que El quiere a menos que el hombre lo desee. No podemos hacer que Dios haga lo que no quiere hacer, pero sí podemos impedirle que haga lo que desea. En el cielo, la victoria fue decidida por Dios, pero delante de los hombres fue decidida por Moisés. En el cielo, ciertamente Dios quería que los israelitas ganaran, pero en la tierra, si Moisés no hubiese alzado sus manos, los israelitas habrían sido derrotados. Cuando él alzaba las manos, los israelitas prevalecían. La tierra dirige al cielo.

Ezequiel 36:37 dice: “Así ha dicho Jehová el Señor: Aún seré solicitado por la casa de Israel, para hacerles esto; multiplicaré los hombres como se multiplican los rebaños”. Dios tiene el propósito de aumentar el número de los israelitas para que se multipliquen como los rebaños. Los que no conocen a Dios dirán: “Si Dios quiere multiplicar el número de los israelitas como un rebaño, El simplemente puede hacerlo. ¿Quién puede impedirselo?” Pero este versículo dice que a Dios se le debe solicitar esto antes de que El lo realice. Este es un principio claro: aunque Dios decide sobre un asunto, no lo hará inmediatamente. El aumentaría la casa de Israel solamente cuando ellos lo solicitaran. El quiere que la tierra dirija el cielo.

Isaías 45:11 es bastante peculiar; dice: “Así dice Jehová, el Santo de Israel, y su Formador: Preguntadme de las cosas por venir; mandadme acerca de mis hijos, y

acerca de la obra de mis manos”. Hermanos y hermanas, ¿no les parece esto muy peculiar? Dios dice que podemos mandarle con respecto a Sus hijos y a la obra de Sus manos. Nos daría temor emplear la palabra “mandar”. ¿Como puede un hombre mandar a Dios? Todos los que conocen a Dios saben que el hombre no debe ser arrogante delante de El. Sin embargo, El mismo dice: “Mandadme acerca de mis hijos, y acerca de la obra de mis manos”. Aquí se ve que la tierra dirige al cielo. Esto no implica que podemos forzar a Dios a que haga lo que no quiere hacer, sino que podemos mandarle que haga lo que El quiere hacer. Esta es nuestra posición. Una vez que sabemos cuál es la voluntad de Dios, podemos decirle: “Dios, queremos que Tú hagas esto. Estamos decididos a que lo hagas. Dios, debes hacerlo”. Sí, se pueden expresar oraciones firmes y poderosas delante de Dios. Debemos pedirle que nos abra los ojos para que veamos la clase de obra que El está haciendo en esta era. Durante esta edad toda Su obra se basa en dicha posición. Es posible que el cielo quiera lograr algo, pero no lo hará independientemente; el cielo espera que la tierra actúe primero, y luego actúa. Aunque la tierra está en segundo lugar, también le corresponde el primero. El cielo sólo se moverá después de que la tierra se haya movido. Dios quiere que la tierra mueva al cielo.

ARMONIA DE VOLUNTADES

Alguien podría preguntar por qué desea Dios que la tierra dirija el cielo. Si queremos entender esto, debemos recordar que nuestro Dios está restringido por el tiempo. El tiempo es el lapso que transcurre entre las dos eternidades. Existen la eternidad pasada y la eternidad futura. Entre estas dos eternidades está el tiempo. Dios se ha limitado dentro de esta sección llamada tiempo. El no está libre para hacer lo que quiera. Esta es una limitación que El se impuso al crear al hombre. Según Génesis 2, Dios le dio al hombre libre albedrío cuando lo creó. Dios tiene Su voluntad y el hombre tiene la suya. Cuando la voluntad del hombre no está de acuerdo con la voluntad de Dios, Dios es limitado. En este salón hay una mesa, algunas sillas, el piso y el techo. Si alguien entra, podría hacer lo quisiera sin sentirse restringido. La mesa, las sillas, el piso y el techo no podrían restringirlo. Ahora bien, Dios es un Dios poderoso, capaz de hacer cualquier cosa. Si la tierra estuviera llena sólo de materiales sin espíritu, Dios no estaría restringido. Pero un día El creó al hombre, el cual no era como una piedra ni como la madera ni como una mesa ni una silla, las cuales no pueden ofrecer resistencia a Su voluntad de moverlas como a El le plazca. El hombre creado poseía libre albedrío. El podía escoger entre obedecer y desobedecer la palabra de Dios. Dios no creó a un hombre que estuviera obligado a obedecerle. El lo creó con libre albedrío. Así que el hombre podía obedecer o desobedecer Su palabra. Habiendo creado al hombre con tal libertad, Su poder quedó limitado por este hombre. Dios ya no podía hacer lo que quería sino que tenía que preguntarle al hombre si quería lo mismo y si

estaba dispuesto a hacer lo mismo. Dios no puede tratar al hombre como si fuera una piedra, un pedazo de madera, una mesa o una silla, porque el hombre tiene libre albedrío. Desde que Dios creó al hombre, éste puede escoger que se cumpla la autoridad de Dios o que se impida. Por esta razón, decimos que durante el tiempo, el período que se extiende entre las dos eternidades, la autoridad de Dios es limitada por el hombre.

Dios está dispuesto a ser limitado en el tiempo porque desea obtener una voluntad que esté en armonía con la Suya en la eternidad. El quiere que el libre albedrío del hombre armonice con Su voluntad. Esto es una gloria para Dios. Si usted pone un libro sobre una mesa, allí permanecerá. Si lo coloca en un estante, allí permanecerá. El libro le obedecerá. Sin embargo, aunque le obedezca, usted no estará satisfecho, porque el libro no tiene libre albedrío; esa clase de obediencia es completamente pasiva. Dios no quiere que el hombre que creó sea semejante a un libro que puede ser manipulado a capricho. Aunque Dios quiere que el hombre le sea plenamente sumiso, le dio libre albedrío. La intención de Dios es que el hombre ejerza su libre albedrío y decida obedecerlo. ¡Esta es una gloria para Dios! En la eternidad futura la voluntad libre del hombre se unirá a la voluntad eterna de Dios. La voluntad eterna de Dios se cumplirá y la libre voluntad del hombre estará en perfecta armonía con ella. Todo hombre tiene libre albedrío. En la eternidad futura el hombre lo seguirá teniendo, pero su libre albedrío estará del lado de Dios. El hombre todavía poseerá la capacidad de oponerse a Dios, pero no lo hará. ¡Aleluya! Aunque el hombre tendrá la libertad de oponerse a Dios, no se opondrá. El hombre hará lo que Dios desee. Esta armonía de voluntades es una gloria para Dios.

En la eternidad futura, la voluntad del hombre seguirá siendo libre, pero estará en conformidad con la voluntad de Dios, y no habrá voluntad que no esté sujeta a la voluntad de Dios. Sin embargo, en el tiempo Dios está limitado por el hombre, el cual no hace lo que Dios quiere. Si Dios desea hacer muchas cosas, el hombre sólo quiere hacer pocas. Tal vez Dios quiera hacer algo grandioso, pero el hombre quiere que sea pequeño. Si Dios quiere que algo sea pequeño, el hombre quiere que sea grandioso. ¡Dios no tiene libertad en absoluto! En la esfera del tiempo, lo que Dios hace está dirigido por el hombre. Decimos esto con relación a la iglesia. En el tiempo, todas las acciones de Dios están limitadas por la iglesia, porque la iglesia representa al hombre de la eternidad futura. Hoy la iglesia está sobre la tierra para hacer la voluntad de Dios. Si ella alcanza la norma de esta voluntad, Dios no será limitado; de lo contrario lo será, pues El hace lo que desea por medio de la iglesia. Hoy la iglesia está en la posición que el hombre tendrá en la eternidad. En la eternidad futura, aunque la voluntad del hombre aún será libre, estará incondicionalmente del lado de la voluntad eterna de Dios. Hoy la iglesia toma esta posición. Así como Dios se expresará en la eternidad por medio de la Nueva

Jerusalén, la esposa del Cordero, así se expresa ahora mediante el Cuerpo de Cristo. Aunque la iglesia posee libre albedrío, ella lo somete a la autoridad de Dios como si aparte de la voluntad de Dios no existiera otra. Esto le permite a Dios hacer todo lo que desea. Cuando la iglesia somete su voluntad a la de Dios, El puede actuar de la manera que actuará en la eternidad; obrará como si no hubiera otra voluntad que se le oponga. Esto es una gloria para Dios.

Así podemos ver la posición que tiene la iglesia delante de Dios. No rebajemos a la iglesia al punto de considerarla una simple reunión. No, la iglesia es un grupo de personas que han sido redimidas por la sangre de Cristo, que han sido regeneradas por el Espíritu Santo, que se han entregado a Dios y que están dispuestas a aceptar Su voluntad y hacerla, y preservar el testimonio de Dios en la tierra.

Necesitamos entender que Dios obra según una ley. Puesto que existe en la tierra el libre albedrío, Dios no usará Su propia voluntad de tal modo que anule al hombre. Hermanos y hermanas, no pensemos que esto es extraño. Es un hecho que Dios está en el cielo; sin embargo, todas las obras que realiza sobre la tierra se pueden llevar a cabo solamente cuando hay una voluntad en la tierra que esté de acuerdo con la Suya y decida hacer tales obras. Dios no pasará por alto la voluntad del hombre que hay en la tierra, ni la suplantarán obrando independientemente. Todo lo relacionado con El se puede lograr solamente cuando hay una voluntad en la tierra que coopera con El. Cuando la tierra obra, Dios obra. Cuando la tierra decide, Dios actúa. Dios necesita que la voluntad del hombre esté en armonía con la Suya. ¡Tal armonía de voluntades es una gran gloria para Dios!

TRES GRANDES PRINCIPIOS

Ya dijimos que Dios tiene una sola voluntad en todo lo que hace. Sin embargo, El no actúa solo; El no hará cosa alguna por Su cuenta. Aunque Dios tiene Su voluntad, El desea que la voluntad libre que hay en la tierra corresponda a Su voluntad, antes de hacer cualquier cosa. Si sólo existe la voluntad del cielo, Dios no se moverá. La acción celestial sólo se realizará en la tierra cuando la tierra desee lo mismo que el cielo. Esto es lo que llamamos hoy el ministerio de oración de la iglesia. Hermanos y hermanas, el ministerio de la iglesia no consiste solamente en predicar el evangelio. Esto no quiere decir que no debemos predicar el evangelio. El ministerio de la iglesia es hacer descender a la tierra la voluntad que está en el cielo. Pero, ¿cómo realiza esto la iglesia? Mediante la oración que hace en la tierra. La oración no es algo insignificante como algunos piensan. Es algo indispensable. La oración es una labor. La oración consiste en que la iglesia le dice a Dios: "Dios, queremos que se haga Tu voluntad". La oración equivale a que la iglesia conozca el corazón de Dios y abra su boca para pedir que se haga lo que está en Su corazón. Si la iglesia no hace esto, no es de mucha utilidad sobre la tierra.

Ni las muchas oraciones hechas pidiendo edificación espiritual ni mucha comunión ni mucha súplica pueden reemplazar las oraciones cuyo origen es la obra o el ministerio. Si todas sus oraciones tienen como fin la edificación espiritual, la comunión y la súplica, carecen de significado. La oración que concuerda con el carácter de la obra o del ministerio es aquella en la que uno se pone del lado de Dios y desea lo que El desea. Hermanos y hermanas, una oración expresada conforme a la voluntad de Dios es lo más poderoso que existe. El hecho de que la iglesia ora, indica que ha descubierto la voluntad de Dios y la expresa. Orar no es sólo pedirle algo a Dios. Cuando la iglesia ora se pone del lado de Dios para declarar que el hombre quiere lo que Dios desea. Si la iglesia hace esto, tal declaración será efectiva.

Examinemos ahora tres principios importantes del ministerio de oración hallados en Mateo 18:18-20.

Declarar la voluntad de Dios

En el versículo 18 el Señor dice: “De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo”. ¿Quién lleva a cabo la acción de atar y desatar? La iglesia, pues el versículo 17 la menciona y el versículo 18 es una continuación del versículo 17. Cualquier cosa que la iglesia ate en la tierra será atada en el cielo, y cualquier cosa que desate en la tierra será desatada en el cielo. Este es un principio muy importante: Dios obra por medio de la iglesia. El no hace lo que quiere; El tiene que hacer todo por medio de la iglesia. Dios no puede hacer nada aparte de la iglesia. Hermanos y hermanas, éste es un principio muy serio. Hoy Dios no obra solo, porque existe otra voluntad libre además de la Suya, sin la cooperación de la cual El no puede hacer nada. La medida del poder de la iglesia expresa la medida del poder de Dios, pues Su poder se expresa mediante la iglesia. Dios se ha puesto en la iglesia. La altura y la extensión que la iglesia pueda alcanzar equivalen al poder que Dios puede alcanzar. Si el poder de la iglesia es poco y restringido, Dios no podrá expresar la altura ni extensión de Su poder. La represa del suministro local de agua puede ser grande, pero si la tubería de la casa es pequeña, no saldrá mucha agua. Si usted necesita más agua en su casa, debe instalar una tubería de mayor diámetro. La capacidad de la iglesia determina el grado de la expresión del poder de Dios. Esto se puede ver en la manera en que Dios se expresaba en Cristo. La expresión de Dios era tan grande como la capacidad de Cristo. En la actualidad Dios se expresa en la iglesia; y la capacidad de ésta determina el grado de la expresión de El y del conocimiento que uno tenga de Dios.

Dios desea hacer muchas cosas hoy en la tierra. Pero es necesario que la iglesia se ponga de Su lado para poder hacerlas por medio de ella. El no puede hacer lo que

quiere solo; debe hacerlo con la cooperación de la iglesia, ya que la iglesia es el medio por el cual se expresa. Permítanme repetirlo: la iglesia es como una tubería. Si ésta es demasiado pequeña, no dejará pasar mucha agua, aunque el agua disponible sea tanta como la del río Yangtze. Ciertamente Dios quiere obrar en el cielo, pero El debe esperar que haya una acción en la tierra antes de poder obrar. Hay muchas cosas que Dios quiere atar y desatar en el cielo. El desea atar a muchas personas y muchos objetos que se le oponen; también quiere desatar muchas cosas que son espirituales, valiosas, útiles y santas y que le pertenecen. Lo que queda pendiente es si habrá hombres en la tierra que aten lo que Dios quiere atar y que desaten lo que El quiere desatar. El quiere que la tierra dirija al cielo. Dios quiere que la iglesia dirija el cielo.

Esto de ninguna manera implica que Dios no sea omnipotente. El es verdaderamente omnipotente, pero necesita un canal en la tierra para poder manifestar Su omnipotencia. No podemos aumentar el poder de Dios, pero sí podemos estorbarlo. El hombre no puede aumentar el poder de Dios, pero sí puede obstruirlo. No podemos pedirle a Dios que haga lo que no quiere, pero sí podemos limitarlo. No podemos pedirle a Dios que haga algo que no está dispuesto a hacer, pero sí podemos impedirle que haga algo que desea hacer. Hermanos y hermanas, ¿pueden ver esto? La iglesia tiene un poder que pone el poder de Dios bajo su control, pues puede permitir que Dios haga lo que desea u obstaculizarlo. Nuestros ojos necesitan ser abiertos para ver el futuro. Un día Dios ensanchará Su iglesia hasta hacerla la Nueva Jerusalén. La gloria de Dios se manifestará en la iglesia sin impedimento alguno. El quiere que la iglesia desate en la tierra primero, antes de que El desate en el cielo. El desea que la iglesia ate en la tierra primero, antes de que El ate en el cielo. El cielo no tomará la iniciativa, sino que seguirá a la iglesia cuando ésta obre. Hermanos y hermanas, puesto que éste es el caso, ¡cuán grande es la responsabilidad de la iglesia!

Ya vimos que Mateo 18:15-17 habla de un caso particular y que el principio general es dado en los versículos subsiguientes. Cuando un hermano peca contra otro, es posible que no confiese sus pecados o errores. Si la iglesia le reprende, y aún así no hace caso, la iglesia lo tendrá por gentil y publicano. Puede ser que el hermano que haya pecado diga: “¿Quiénes son ustedes? ¿Cómo pueden tenerme por gentil o publicano? Ya no vendré a las reuniones. Si no puedo venir aquí, hay otros lugares adonde puedo ir”. Pero, ¿qué dice el Señor Jesús inmediatamente después? “De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo”. Por tanto, si la iglesia decide tener a alguien por gentil, Dios en el cielo también lo tendrá por gentil. Si la iglesia tiene a un hombre por publicano, Dios en el cielo también lo considerará como tal. En otras palabras, Dios hará en el cielo lo que la iglesia haga en la tierra.

Si la iglesia tiene a un hermano por gentil y publicano, Dios en el cielo lo tendrá por gentil y publicano. Este principio se aplica no sólo a este caso, sino también a otros mil asuntos. Este caso es sólo un ejemplo que nos muestra todo lo que la iglesia puede hacer y la grandeza de este principio.

La iglesia es el vaso que Dios escogió y en el cual depositó Su voluntad, para que ella la declare en la tierra. Cuando la tierra quiere algo, el cielo también lo querrá. Cuando la iglesia quiere algo, Dios también lo querrá. Por tanto, si la iglesia rechaza lo que Dios exige, Dios no podrá realizar en el cielo lo que quiere.

Muchos hermanos y hermanas llevan sobre sí cargas pesadas día y noche. Están tan cargados porque no han orado. Una vez se abre el grifo, el agua fluye; pero cuando se cierra, el agua se detiene. ¿Es más fuerte la presión de agua cuando se abre la llave o cuando se cierra? Todos sabemos que cuando el agua fluye, la presión disminuye. Cuando el agua es bloqueada, aumenta la presión. Cuando la iglesia ora, es como si abriera el grifo: cuanto más se abre, tanto más disminuye la presión. Si la iglesia no ora, es como si el grifo se estuviera cerrando, lo cual hace que la presión aumente. Cada vez que Dios desea lograr algo, pone una carga en un hermano, en una hermana o en toda la iglesia. Si la iglesia ora y cumple su responsabilidad, la carga será aliviada. Cuanto más ore la iglesia, más aliviada se sentirá de la carga. Al orar una, dos, cinco, diez o veinte veces, se sentirá aliviada. Si la iglesia no ora, se sentirá seca y agobiada. Si la iglesia persiste en no orar, se sofocará y morirá. Hermanos y hermanas, si se sienten cargados y oprimidos interiormente, sepan que no han cumplido su ministerio delante del Señor; la presión de parte de Dios está sobre ustedes. Traten de orar por media hora o una hora; la presión será liberada y ustedes se sentirán desahogados.

¿En qué consiste, entonces, el ministerio de oración de la iglesia? Consiste en que Dios le dice a la iglesia lo que El desea hacer, y la iglesia en la tierra ora por ello. Esta oración no consiste en pedirle a Dios que haga lo que nosotros queremos, sino en pedirle que logre lo que El desea. Hermanos y hermanas, la responsabilidad de la iglesia es declarar en la tierra la voluntad de Dios. En la tierra la iglesia declara por Dios: “Esto es lo que deseo”. Si la iglesia no hace esto, no será de mucha utilidad en las manos de Dios. Aun si todo lo demás es bueno, no será de mucha utilidad si falla en este aspecto. La utilidad de la iglesia ante Dios radica en que ella toma su postura para que la voluntad de Dios se haga en la tierra.

La armonía del Espíritu Santo

Hemos visto que la iglesia debe atar lo que Dios quiere atar, y desatar lo que El quiere desatar. ¿Como ata y desata la iglesia? El Señor nos dice en el versículo 19: “Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca

de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos". El versículo 18 se refiere a la tierra y al cielo, al igual que el versículo 19. En el versículo 18, cuando la tierra ata, el cielo ata, y cuando la tierra desata, el cielo desata. El versículo 19 dice que todo lo que uno pida en la tierra será hecho por el Padre que está en los cielos. Lo que el Señor Jesús recalca aquí no es pedir en armonía, sino estar en armonía acerca de cualquier cosa y luego pedir. Según el idioma original, la frase "cualquier cosa" se refiere tanto a ponerse de acuerdo como a pedir. La intención del Señor no es decirnos que nos pongamos de acuerdo en cuanto a algo y luego lo pidamos, sino que estemos en armonía acerca de cualquier cosa. Si estamos en armonía acerca de algo específico y lo pedimos, será hecho por el Padre que está en los cielos. Esto es lo que se llama la unidad del Cuerpo, la unidad del Espíritu Santo.

Una persona cuya carne no ha sido quebrantada, se sentiría como alguien extraordinario porque aun el cielo le escucha. Si no está en la unidad del Espíritu Santo, ni ora en la armonía del Espíritu Santo, ¿cree usted que el cielo le oirá? Si ora de esta manera, el cielo no atará lo que usted ate ni desatará lo que desate. Hacer que el cielo ate y desate no es algo que uno puede hacer por su cuenta. Pensar que uno puede hacer las cosas solo es una insensatez. El Señor dice: "Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos". Esto quiere decir que si dos personas están en armonía en la tierra acerca de cualquier cosa, una armonía como la de la música, entonces lo que pidan les será hecho por el Padre celestial. Esta clase de oración requiere la constitución del Espíritu Santo en aquellos que oran. Dios tiene que llevarlo a uno hasta el punto en que uno deje un lado los deseos personales y sólo desee lo que Dios quiere; y otro hermano también necesita ser llevado por Dios a la misma experiencia. Cuando usted y ese hermano son llevados a este punto y están en una armonía como la de la música, entonces, todo lo que pidan les será hecho por el Padre celestial. Hermanos y hermanas, ¿creen ustedes que por el simple hecho de estar de acuerdo en sus opiniones serán contestadas sus oraciones? Con frecuencia hay desavenencia aun entre personas que comparten la misma opinión. La igualdad de propósito no garantiza que no habrá fricción. Puede ser que dos personas deseen predicar el evangelio. Pero mientras lo hacen discuten en cuanto a la manera de hacerlo. Es posible que dos personas deseen ayudar a otros; sin embargo, al mismo tiempo que están ayudando a otros hay desavenencia entre ellas. La igualdad de propósito no garantiza que habrá armonía. Debemos comprender que en nuestra carne es imposible tener armonía. Sólo habrá armonía, tendremos las mismas perspectivas y podremos orar unánimes, cuando nuestra vida natural sea quebrantada por el Señor y comencemos a vivir en el Espíritu Santo y a vivir en Cristo.

Esta verdad tiene dos aspectos. El primero es estar en armonía acerca de cualquier cosa; el segundo es la oración acerca de cualquier cosa. Necesitamos ser llevados por Dios hasta este punto. La armonía cristiana sólo se encuentra en el Cuerpo de Cristo; no se encuentra en ningún otro lugar. Sólo en el Cuerpo de Cristo no hay rivalidad, y sólo ahí se halla la armonía. Cuando nuestra vida natural sea quebrantada por el Señor y seamos llevados al punto donde verdaderamente conozcamos el Cuerpo de Cristo, estaremos en armonía, y cuando nos juntemos para orar, nuestra oración también estará en armonía. Si estamos en la base de la armonía, entonces las cosas que hagamos también estarán en armonía. Cuando estamos en armonía en cuanto a lo que vemos, podemos ser el portavoz de la voluntad de Dios. Hermanos y hermanas, si ustedes sostienen un punto de vista diferente cuando están a punto de orar por ciertas cosas, tengan cuidado; tal vez cometan errores. Pero si toda la iglesia se reúne y está en armonía acerca de algún asunto, éste debe ser el mismo que intenta lograr el cielo. Esta es la razón por la cual tenemos que confiar en la iglesia.

Debemos recordar que la oración no es lo primero. La oración viene después de la armonía. Si la iglesia ha de tener este ministerio de oración en la tierra, cada hermano y hermana necesita aprender delante del Señor a negar la vida carnal. De otro modo, no habrá ningún provecho. La palabra del Señor es muy significativa. El no dice que si oramos en Su nombre, el Padre contestará; tampoco dice que si El ora por nosotros, el Padre contestará. Lo que dice es: "Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos". ¡Si nosotros estamos en armonía, se nos abrirán los cielos! Si un hermano ofende a otro, y la iglesia no interviene para resolver el problema del hermano que ha pecado, el hermano ofendido, junto con otro u otros dos, debe reprenderlo. Antes de que la iglesia intervenga, debe presentarse el asunto ante dos hermanos. Esto no significa que estos dos hermanos piensan de una manera diferente a la iglesia; sólo significa que ellos han visto el asunto primero, y luego la iglesia ve el asunto del mismo modo. En otras palabras, los dos hermanos están en la base de la iglesia. El Señor quiso decir que el hecho de que dos de nosotros estemos en la tierra implica que la iglesia está en la tierra. Lo que la iglesia ve es lo mismo que ven los dos hermanos. Este es el resultado de la oración ministerial. Para tener la misma perspectiva, ellos primeramente tienen que estar en armonía acerca de cualquier cosa y luego deben orar por algo específico.

El ministerio de oración de la iglesia es una oración en la tierra que produce actividad en el cielo. Hermanos y hermanas, debemos recordar que las oraciones que tienen como meta la edificación espiritual o las oraciones personales nunca pueden abarcar la oración de Mateo 18. Frecuentemente le pedimos a Dios cosas

que necesitamos, y El contesta nuestras oraciones. Las oraciones personales tienen su lugar. También pensamos que Dios está muy cerca de nosotros. Gracias al Señor, El también escucha las oraciones para edificación espiritual. No debemos menospreciar este tipo de oración. Reconocemos que algo falta si un hermano o una hermana no recibe respuesta a sus oraciones, y que está mal no sentir la presencia de Dios. Debemos prestar atención a las oraciones personales y a las oraciones por nuestra propia edificación espiritual. Esto es particularmente válido en relación con los hermanos nuevos. Si carecen de estas clases de oración, no podrán seguir adelante como se debe. No obstante, también debemos ver que las oraciones no tienen un fin meramente individual ni su único objetivo es la edificación espiritual. La oración tiene como fin el ministerio y la obra. Este tipo de oración es el ministerio de la iglesia en la tierra; es trabajo de la iglesia. La oración es la responsabilidad que la iglesia tiene delante de Dios. La oración de la iglesia es la apertura del cielo. La oración de la iglesia consiste en que cuando Dios quiere hacer algo, ella ora primero de modo que pueda ser realizado para que así se cumpla la meta de Dios.

El ministerio de la iglesia es el ministerio del Cuerpo de Cristo, y el ministerio del Cuerpo de Cristo es la oración. Esta oración no tiene como fin simplemente la edificación espiritual ni las necesidades personales, sino “el cielo”. Esta oración, por ejemplo, comunica a otros que cierta persona ha perdido su comunión con Dios, que se niega a oír la reprimenda de un hermano y la de dos o tres hermanos, y que ni aun estima el juicio de la iglesia. Dios tiene que considerarlo un gentil y publicano. Sin embargo, Dios no hará esto inmediatamente; El tiene que esperar que la iglesia declare en oración este juicio sobre el hermano para poder hacer lo mismo en el cielo. Si la iglesia toma la responsabilidad de orar, notará que desde ese día, la vida y el andar espiritual del que ofendió comenzará a secarse; desde ese día en adelante, parecerá como si él no tuviera parte con Dios. Dios quiere hacer esto, pero tiene que esperar que la iglesia ore. Dios tiene muchos asuntos en el cielo. El no puede ejecutar ninguno de ellos, porque no hay apertura para El en la tierra. Numerosas cosas están acumuladas en el cielo. Sin embargo, Dios no puede resolverlas porque la iglesia no ha ejercido su libre albedrío para pararse a Su lado y hacer que se cumpla Su meta. Hermanos y hermanas, deben recordar que la función más elevada e importante de la iglesia es servir de vía a la voluntad de Dios. Y la iglesia sirve de salida a la voluntad de Dios por medio de la oración. Esta oración no es una oración fragmentaria sino una oración que es en esencia un ministerio, un trabajo. Dios le da visión al hombre y le abre los ojos para que vea cuál es Su voluntad. Cuando esto ocurre, el hombre toma su lugar y comienza a orar.

En estos versículos el Señor también nos muestra que las oraciones individuales no producen resultados. Se necesitan por lo menos dos personas. Si uno no comprende este punto, no entenderá por qué el Señor dice lo que dice. Todas las oraciones que encontramos en el Evangelio de Juan son oraciones individuales. Cuando Juan 15:16 declara: “Para que todo lo que pidáis al Padre en Mi nombre, El os lo dé”, no establece ninguna condición en cuanto al número de personas. Pero en Mateo 18 el número sí es una condición; debe haber por lo menos dos personas. El Señor dice: “Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra”. Tienen que haber por lo menos dos porque éste es un asunto de comunión. Esto no lo puede lograr una persona sola. Una sola persona no puede dar una apertura a Dios; tienen que haber por lo menos dos. El principio de dos es el principio de la iglesia, el principio del Cuerpo de Cristo. Aunque tal oración la hacen solamente dos personas, la armonía es indispensable. Los dos tienen que estar en armonía y tienen que estar firmes en su posición como Cuerpo. Deben conocer la vida del Cuerpo. Ellos tienen sólo una meta, que es decirle a Dios: “Queremos que se haga Tu voluntad en la tierra así como en el cielo”. Cuando la iglesia ore desde esta posición, todo lo que pida le será hecho por el Padre que está en los cielos.

Hermanos y hermanas, cuando verdaderamente nos afirmemos en el terreno de la iglesia y tomemos la responsabilidad del ministerio de oración delante de Dios, veremos que la voluntad de Dios se llevará a cabo en la iglesia donde estemos. De no ser así, todo será en vano. Tal vez haya mucha oración o poca, pero lo que importa es que haya oraciones firmes. La cantidad de oración que ofrece la iglesia determina lo que Dios hace hoy. El poder de Dios no puede exceder a la oración de la iglesia. El poder de Dios hoy es tan grande como lo es la oración de la iglesia. Esto no significa que el poder de Dios sea limitado en el cielo, pues allí el poder de Dios es ilimitado, pero en la tierra Su poder es manifestado según la medida de oración de la iglesia. La proporción en que la iglesia ore será la medida en que el poder de Dios se manifestará. En consecuencia, la iglesia necesita aprender a hacer grandes oraciones y peticiones. Muchas veces la oración de la iglesia es muy pequeña; sólo ora por problemas ordinarios. Esto no es suficiente; la iglesia debe hacer oraciones y peticiones grandes. Puesto que la iglesia ora a un Dios de abundancia, no debería hacer oraciones ni peticiones por cosas triviales. Puesto que la iglesia ora a este Dios, debe esperar que ocurran grandes cosas. Si la capacidad de la iglesia delante de Dios es pequeña, impedirá que el poder de Dios se manifieste. Sabemos que el asunto de los vencedores no está completamente resuelto aún, ni Satanás ha sido aún lanzado al abismo. Dios tiene que obtener un vaso para Su testimonio antes de poder lograr lo que se ha propuesto. La iglesia debe hacer oraciones por cosas grandes a fin de que Dios se manifieste. Este es el ministerio de la iglesia. Hermanos y hermanas, yo no sé si cuando Dios visita nuestra reunión de oración puede confirmar que esta iglesia tienen un ministerio

de oración. Esto no depende de la frecuencia con que oremos, sino del peso de nuestra oración. Si vemos la responsabilidad de orar que tiene la iglesia, nos daremos cuenta de que nuestras oraciones no son lo suficientemente grandes, que limitamos a Dios y obstruimos Su obra. ¡La iglesia ha abandonado su responsabilidad! ¡Qué lamentable es esta situación!

El asunto crítico es éste: ¿podrá Dios obtener una iglesia que sea fiel a su ministerio? De esto depende si hemos de ser descalificados, o si somos los verdaderos vasos de Dios que cumplirán Su meta. Hermanos y hermanas, tenemos que clamar audiblemente pues Dios espera ver si la iglesia es fiel a su ministerio. El ministerio de la iglesia es la oración, mas no la oración por cosas pequeñas, sino la oración que le abre el camino. Dios quiere llevar a cabo Su obra; pero la iglesia ora primero para preparar el camino a fin de que Dios obtenga lo que desea. La iglesia debe hacer oraciones grandes, serias y firmes. La oración no debe ser pequeña delante de Dios. Si las oraciones se centran en nosotros mismos, nuestras dificultades personales y nuestras pequeñas pérdidas y ganancias, será difícil abrirle camino a la voluntad eterna de Dios. Muchas cosas deben llevarnos a profundizar, pero sobre todo, la oración debe llevarnos a lo más profundo.

Lo dicho acerca de que dos estén en armonía no es algo hueco ni un lema. Si no sabemos lo que es el Cuerpo de Cristo ni nos apoyamos en esta base, será inútil aun si doscientas personas oran conjuntamente. Si conocemos el Cuerpo de Cristo, nos cimentamos en el terreno apropiado del Cuerpo y no pedimos cosas para nosotros mismos sino que, negando nuestra carne, pedimos que se haga la voluntad de Dios en la tierra, veremos que nuestra oración estará en armonía. Cuando esto ocurra, Dios cumplirá desde el cielo nuestras oraciones en la tierra.

Noten que el versículo 18 incluye las preciosas palabras “todo lo que”, y el versículo 19, la preciosa expresión “acerca de cualquier cosa”. El Señor dijo: “Todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo”. Esto significa que el cielo ata y desata a medida que la tierra lo hace. La capacidad de la tierra controla la capacidad del cielo. No debemos temer que la capacidad de la tierra sea demasiado grande, pues la capacidad del cielo siempre será mayor. La capacidad de la tierra nunca puede igualar a la del cielo. Lo que el cielo quiere atar siempre es mucho más de lo que la tierra ata, y lo que el cielo desea desatar siempre es mucho más de lo que la tierra desata. El Señor dice que todo lo que atemos en la tierra será atado en el cielo y todo lo que desatemos en la tierra será atado en el cielo. Atar y desatar de este modo no se lleva a cabo por individuos, sino cuando “dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa”. Cualquier cosa que pidan les será hecho por el Padre que está en el cielo. Hermanos y hermanas, el poder de Dios siempre será mayor que nuestro poder. El agua que hay en la represa del acueducto municipal

siempre será mayor que el agua que sale de la tubería de nuestras casas. El agua del pozo siempre será más que el agua de nuestro cubo. El poder del cielo nunca puede ser medido por la visión de uno que está en la tierra.

Congregados

El Señor dice en el versículo 20: “Porque donde están dos o tres congregados en Mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos”. Este es el tercer principio y el más profundo. El versículo 18 es un principio, el versículo 19 es otro, y el versículo 20 es el tercer principio. El principio del versículo 20 es más amplio que el del versículo 19. El versículo 19 dice: “Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieréis, les será hecho por mi Padre que está en los cielos”. ¿Por qué? “Porque donde están dos o tres congregados en Mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos”. ¿Por qué hay un poder tan grande sobre la tierra? ¿Por qué es tan poderosa la oración en armonía? ¿Por qué es tan poderosa la oración unánime de dos o tres personas? ¡Es poderosa porque cada vez que nos congregamos en el nombre del Señor, allí está El! Es por eso que tenemos armonía. El versículo 18 describe la relación que existe entre la tierra y el cielo. El versículo 19 menciona la oración en armonía hecha en la tierra, y el versículo 20 nos dice cómo podemos tener esta armonía.

Notemos que somos congregados; no nos reunimos por nuestra propia cuenta. Somos convocados y congregados. Existe una diferencia entre reunirse y ser congregados. Ser congregados indica que el Señor nos congrega. No acudimos por nuestra propia cuenta; el Señor nos ha congregado. Muchos acuden a la reunión solamente como observadores o espectadores; esto seguramente no traerá ningún resultado. Pero a otros, el Señor les habla en su interior les dice que si no acuden, se perderán algo ese día. Los que son llamados así por el Señor, son congregados en el nombre del Señor y vienen por amor del nombre del Señor. Cada vez que tales hermanos y hermanas se reúnen, pueden decir: “Estoy aquí por el nombre del Señor y para glorificar al Hijo. No estoy aquí por mí mismo”. Cuando todos los hermanos y hermanas sean congregados por amor al nombre del Señor, habrá unidad y armonía. Gracias al Señor. Si usted acude a una reunión para su propio provecho, allí no habrá armonía. Si usted desea algo, no porque usted lo desee, sino porque el Señor lo desea, y si usted rechaza algo, no porque usted lo quiera rechazar sino porque el Señor lo rechaza, entonces habrá armonía. Los hijos de Dios son congregados por el Señor en Su nombre. El Señor dice: “Allí estoy en medio de ellos”. El está en medio de ellos para guiarlos. Puesto que el Señor está ahí guiándolos, iluminándolos, hablándoles y dándoles revelación, todo lo que ellos aten en la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desaten en la tierra será desatado en el cielo. Esto se debe a que el Señor ata y desata junto con la iglesia.

Por lo tanto, tenemos que aprender a negarnos a nosotros mismos delante del Señor. Cada vez que El nos congrega en una reunión, debemos aprender a buscar Su gloria. Nuestros corazones deben volverse a Su nombre y desear que Su nombre sea exaltado sobre todo nombre y que todo ídolo sea derribado. Si hacemos esto, El nos dirigirá. Hermanos y hermanas, esto no es una emoción ni una teoría; es un hecho. Si la iglesia es normal, ella sabrá, al final de cada reunión, si el Señor estuvo en medio de ella o no. Cuando el Señor está en medio de la iglesia, ella es rica y fuerte. En tal circunstancia la iglesia puede atar y desatar. Si el Señor no está en medio de ella, nada se podrá hacer. Sólo la iglesia puede ser tan fuerte; un individuo nunca podrá hacer esto.

Que Dios nos conceda una comprensión y una experiencia más profundas en la oración. No es suficiente hacer oraciones personales ni orar pidiendo ser edificados espiritualmente. Las oraciones deben corresponder al ministerio y a la obra. Que el Señor nos sostenga con Su poder para que cada vez que nos reunamos, podamos laborar con nuestra oración y cumplir así el ministerio de la iglesia. De esta manera, el Señor podrá lograr lo que El desea.

2

“ORAREIS ASI”

“Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos por los hombres; de cierto os digo que ya tienen toda su recompensa. Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará. Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis. Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu nombre. Venga Tu reino. Hágase Tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del maligno; porque Tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén. Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas” (Mt. 6:5-15).

Por lo general, cuando hablamos de la oración, nuestra preocupación se centra en la respuesta a la oración. Sin embargo, en estos versículos el Señor no pone énfasis en la respuesta a la oración, sino en la recompensa de la misma. ¿En qué nos basamos para decir esto? Nuestra base es la palabra “recompensa” que se usa en el versículo 5, la cual es la misma palabra que se utiliza en el versículo 2 con respecto a la recompensa del que da limosnas, y en el versículo 16 con respecto a la recompensa del que ayuna. Si la recompensa de la oración es la respuesta a la misma, ¿a qué se refieren entonces las recompensas del que da limosnas y del que ayuna? Según el contexto, esta recompensa se refiere al premio que uno recibe en el reino. Esto nos muestra que la respuesta a la oración es secundaria; lo principal es que recibamos una recompensa por nuestra oración. Si nuestra oración corresponde a la voluntad de Dios, no sólo será contestada, sino que también será recordada y recompensada en el futuro, ante el tribunal de Dios. Por tanto, la oración mencionada en estos versículos nos trae no sólo una respuesta hoy, sino también justicia. En otras palabras, nuestra oración es nuestra justicia.

Sin embargo, la justicia de la oración no se obtiene haciendo oraciones mecánicas, indiferentes, rutinarias ni por motivos impuros. Por un lado, el Señor nos enseña a

no orar como lo hacen estas dos clases de personas; por otro, nos presenta un modelo de oración. En primer lugar, examinemos las dos clases de oración que no debemos seguir.

NO COMO LOS HIPOCRITAS QUE AMAN EL ORAR PARA SER VISTOS POR LOS HOMBRES

“Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos por los hombres; de cierto os digo que ya tienen toda su recompensa”. El fin de la oración es tener comunión con Dios y expresar Su gloria. Pero los hipócritas utilizan la oración, que debería glorificar a Dios, para glorificarse a sí mismos. Por consiguiente, les gusta orar en las sinagogas y en las esquinas de las calles. Hacen esto para ser vistos de los hombres, pues las sinagogas y las esquinas de las calles son lugares públicos, donde pasa mucha gente. No oran para que Dios los oiga, sino para ser oídos por los hombres. Les gusta exhibirse. Esta clase de oración es muy superficial; no puede considerarse una oración dirigida a Dios, ni tampoco una comunión con El. Estos hombres no deben esperar recibir algo de Dios, porque el motivo que yace detrás de este tipo de oración es recibir gloria de los hombres, y porque no han acumulado nada delante de Dios. De hecho, ya han recibido su recompensa; han recibido la alabanza de los hombres. Por lo tanto, en el reino venidero no habrá nada qué recordar.

¿Entonces qué debemos hacer cuando oramos? El Señor dijo: “Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará”. Este aposento es un símbolo. Las sinagogas, al igual que las esquinas de la calles, denotan lugares públicos, mientras que el aposento a un lugar oculto. Hermanos y hermanas, uno puede entrar en su aposento aun en las sinagogas y en las esquinas de las calles. Uno puede encontrar el aposento en la acera y dentro del automóvil. El aposento es el lugar donde uno tiene comunión con Dios en lo secreto; el lugar donde uno ora sin tener la intención de exhibir su oración. “Entra en tu aposento, y cerrada la puerta”. Esto quiere decir cerrar la puerta para que el mundo quede afuera y nosotros adentro; significa que desechamos todas las voces de afuera, y oramos a Dios callada y silenciosamente.

Cuando uno ora al Padre que está en secreto, el Padre, que ve en lo secreto, le recompensará. ¡Qué gran consuelo es éste! Para poder orar al Padre que está en secreto, necesitamos tener fe. ¡Aunque uno no sienta nada exteriormente, debe tener la certeza de estar orando al Padre, quien está presente en secreto, donde no lo vean los hombres. El está verdaderamente presente y no menosprecia la oración de uno; está allí observando. Esto muestra cuánto se interesa por nuestras

oraciones. El no lo observa a usted y luego se marcha; El le recompensará. Hermanos y hermanas, ¿pueden ustedes creer esto? Si el Señor dice que le recompensará, entonces, ciertamente lo hará. El Señor garantiza que la oración que se hace en secreto no será en vano. Si usted ora como es debido, el Padre le recompensará. Aunque parezca que no hay ninguna recompensa hoy, vendrá el día cuando usted será recompensado. Hermanos y hermanas, ¿puede su oración en lo secreto pasar la prueba de ser vista por el Padre en lo secreto? ¿Creen que el Padre los ve en lo secreto y los recompensará?

NO USAR VANAS REPETICIONES COMO LOS GENTILES

El Señor no sólo nos enseñó a orar en lo secreto sino también a “no usar vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos”. La voz “palabrería” se usa en griego para describir el sonido monótono y repetitivo que hace un tartamudo. Algunas personas en sus oraciones repiten las mismas palabras de manera monótona. Esta clase de oración tiene sonido, pero carece de significado. Cuando usted se encuentra al lado de una persona así, y oye su oración, es como si estuviera cerca de una corriente y oyera el ruido monótono e interminable del agua que golpea contra las rocas. Es como si fuera por una carretera pedregosa y oyera el ruido interminable y monótono de las ruedas del coche. Estas personas repiten muchas veces las mismas palabras. Suponen que sus oraciones serán contestadas por la mucha repetición. Pero esta clase de oración es vana; no es eficaz en absoluto y no la debemos usar.

Hermanos y hermanas, sus oraciones no deben ser simplemente sonidos sin significado. Las oraciones de muchas personas, en la reunión de oración, no tienen sentido. Si usted no les da el amén cuando oran, lo condenan por no ser uno con ellos, pero si dice amén a sus oraciones, seguirán repitiendo las mismas palabras. Tales personas no oran para que se realicen algunas metas sino para generar algarabía. Sus oraciones no tienen el propósito de aliviar la carga sino el de producir un discurso. Se ofrecen muchas oraciones como resultado de la influencia humana, y se expresan muchas palabras que van mas allá de lo que uno desea. Estas oraciones son como el ruido de una corriente de agua que golpea contra las rocas o como el ruido de las ruedas de un carruaje que va por un camino de piedras. Esta clase de oración tiene sonido pero carece de significado. No debemos orar de esa manera.

“No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis”. Esto nos muestra que la respuesta a nuestras oraciones depende de nuestra actitud delante de Dios y de nuestra necesidad; no depende de nuestras muchas palabras. Si oramos por lo que no necesitamos, no seremos oídos aunque usemos más palabras. Si lo que pedimos no

procede de la necesidad, es avaricia y es pedir en vano. A Dios le place darnos lo que necesitamos; pero no le gusta satisfacer los deseos de nuestro yo. Algunos han dicho que puesto que Dios sabe lo que necesitamos, no es necesario pedirle. Decir esto es una insensatez. El propósito de nuestra oración no es notificarle a Dios nuestros asuntos, sino expresarle nuestra confianza, nuestra fe, nuestra dependencia y nuestro deseo. Por lo tanto, es correcto que oremos, pero al hacerlo, nuestro deseo y nuestra fe deben ir más allá de nuestras palabras.

“ORAREIS ASI”

Ahora examinemos la oración que el Señor enseñó. Esta oración se conoce comúnmente como el Padrenuestro, lo cual es un error. Esta oración no es la oración de El, sino una oración que El utilizó para enseñarnos. Lucas 11 señala esto muy claramente (vs. 1-4). Debemos aprender cuidadosamente de esta oración.

El Señor dijo: “Vosotros, pues, oraréis así”. El no dijo que oráramos con estas palabras. Si lo hubiera dicho, todo lo que tendríamos que hacer sería repetirlas cada vez que orásemos. No, esto no es a lo que El se refería. Lo que quiso decir fue que debíamos orar de esa manera. En otras palabras, el Señor nos enseñaba cómo orar; no nos insta a imitar Sus palabras, sino a que oremos de la manera que El lo hace.

Desde el comienzo del mundo, Dios ha estado escuchando las oraciones del hombre. De generación en generación y de edad en edad, los hombres han estado orando a Dios. Pero es difícil encontrar personas cuyas oraciones lleguen al blanco. Muchas personas prestan atención a sus necesidades, no a las de Dios. Por esta razón, el Señor nos dijo: “Vosotros, pues, oraréis así”. El “así” aquí, es algo muy significativo, grandioso y profundo. Hermanos y hermanas, si de verdad queremos aprender a orar, necesitamos aprender a orar “así”. Esta es la primera vez, desde que Dios vino a la tierra como hombre, que nos dice cómo debemos orar y cómo hacerlo de manera concisa.

El Señor nos dijo que debemos orar a “nuestro Padre que está en los cielos”. La palabra “Padre” es un título, un nuevo nombre por medio del cual el hombre se puede dirigir a Dios. Antes, el hombre lo llamaba “el Dios Todopoderoso”, “el Altísimo”, “el Dios viviente” o “Jehová”. Nadie se atrevía a llamar “Padre” a Dios. Esta fue la primera vez que se empleó la palabra “Padre”, lo cual nos muestra claramente que esta oración es para los salvos, los que ya poseen la vida eterna. Después de ser salvos, podemos dirigirnos a Dios como Padre, pues sólo los que fueron engendrados por Dios son hijos Suyos, y sólo ellos pueden llamarlo Padre. Esta es una oración dirigida a nuestro Padre que está en los cielos. ¡Cuán agradable es esto y qué gran consuelo! Originalmente, sólo nuestro Señor Jesús podía llamar

Padre a Dios. Pero en estos versículos, El nos instruye a que lo llamemos Padre nuestro. Esta es una gran revelación. Si Dios no nos hubiera amado y dado a Su Hijo unigénito, ¿cómo podríamos llamarlo Padre nuestro? Damos gracias a Dios que Su Hijo murió y resucitó por nosotros, para que podamos llegar a ser Sus hijos y así recibir una nueva posición. De aquí en adelante, podemos orar a nuestro Padre que está en los cielos. ¡Cuán íntimo, liberador y animante es esto! Que el Espíritu del Señor nos enseñe más a entender que Dios es nuestro Padre y a creer que el Padre es amoroso y paciente, y que El no sólo desea oír nuestras oraciones, sino también compartir el gozo de la oración.

Esta oración puede dividirse en tres secciones. La primera sección está relacionada con las cosas de Dios; es una oración que expresa tres deseos acerca de Dios (Mt. 6:9-10), y puede considerarse como el fundamento. La segunda sección se relaciona con nosotros; es nuestra petición por la protección de Dios (vs. 11-13a). La tercera sección es nuestra declaración; es nuestra alabanza a Dios (v. 13b). Veamos las secciones de la oración.

TRES DESEOS ACERCA DE DIOS

La primera sección trata de tres deseos acerca de Dios.

El primer deseo: “santificado sea Tu nombre”

“¡Santificado sea Tu nombre!” Dios espera que todos oremos pidiendo que Su nombre sea santificado por el hombre. Su nombre es exaltado entre los ángeles. Pero en la tierra, Su nombre está siendo usado en vano; aun a los ídolos les ponen Su nombre. Cuando un hombre toma el nombre de Dios en vano, Dios no le demuestra Su ira partiéndolo con un rayo, sino que se esconde como si no existiera. Cuando un hombre toma Su nombre en vano, Dios no lo confronta. Aún así, quiere que Sus hijos oren: “Santificado sea Tu nombre”. Hermanos y hermanas, si aman a Dios y lo conocen, entonces querrán que Su nombre sea santificado. Si alguno toma el nombre de Dios en vano, ustedes se sentirán heridos, su deseo de que el nombre del Señor sea santificado se fortalecerá, y orarán con más perseverancia: “Santificado sea Tu nombre”. Un día el hombre santificará este nombre y nunca más lo tomará en vano.

“¡Santificado sea Tu nombre!” El nombre de Dios no es sólo un título por el cual nos dirigimos a El; es una gran revelación que recibimos del Señor. El nombre de Dios se usa en la Biblia para designar la revelación que Dios da de Sí mismo al hombre, y denota todo lo que sabemos de El. El nombre de Dios es Su naturaleza y revela Su plenitud. Esto es algo que el hombre no puede comprender con su alma, sino algo que el Señor nos revela (Jn. 17:6). El Señor dijo: “Y les he dado a conocer Tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en

ellos, y Yo en ellos” (17:26). Esto nos muestra que para conocer el nombre de Dios, necesitamos que el Señor nos revele repetidas veces.

“¡Santificado sea Tu nombre!” no sólo es nuestro deseo sino también nuestra adoración al Padre. Debemos darle gloria a Dios. Debemos comenzar nuestra oración con alabanzas. Antes de esperar recibir misericordia y gracia de El, debemos darle la gloria. Debemos concederle la alabanza plena por lo que El es, y luego podemos recibir Su gracia. Hermanos y hermanas, tenemos que recordar que lo principal y la meta máxima de nuestra oración es que Dios reciba la gloria.

“¡Santificado sea Tu nombre!” El nombre de Dios está ligado a Su gloria. Ezequiel 36 dice: “Pero he tenido dolor al ver mi santo nombre profanado por la casa de Israel entre las naciones adonde fueron” (v. 21). Esto significa que la casa de Israel no había santificado el nombre de Dios. Así que el nombre de Dios fue profanado entre las naciones adonde fueron. Pero Dios tuvo dolor por Su santo nombre. Nuestro Señor quiere que nosotros tengamos este deseo. En otras palabras, El quiere glorificar Su propio nombre por medio de nosotros. El nombre de Dios tiene que ser santificado primero en nuestros corazones antes de que nuestro deseo se haga más profundo. Se necesita una obra profunda de la cruz antes de poder glorificar el nombre de Dios. De otro modo, nuestro deseo no es más que una idea vacía, no es un verdadero deseo. Hermanos y hermanas, puesto que este es el caso, ¡cuánto necesitamos ser quebrantados y podados!

El segundo deseo: “venga Tu reino”

¿Qué clase de reino es éste? Se leemos el contexto en Mateo, veremos que si este reino se refiere al reino de los cielos. El Señor nos dice que oremos: “Venga Tu reino”. Esto significa que el reino de Dios existe en el cielo y no en la tierra. Consecuentemente, debemos orar pidiendo a Dios que extienda Su esfera celestial a la tierra. La Biblia habla del reino de Dios en términos históricos y también geográficos. La historia se relaciona con el tiempo, y la geografía con los lugares. Según la Biblia, el reino de Dios es más geográfico que histórico. El Señor dijo: “Pero si Yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, entonces ha llegado a vosotros el reino de Dios” (Mt. 12:28). ¿Está esto relacionado con la historia? No, es algo relacionado a la geografía. El reino de Dios está dondequiera que el Hijo de Dios eche fuera demonios. Así que, durante este período, el reino de Dios es más un asunto geográfico que histórico. Hermanos y hermanas, si en ustedes prevalece el concepto histórico del reino, sólo han visto un lado de la verdad. En el Antiguo Testamento se encuentra el reino de los cielos sólo en profecía. Cuando el Señor Jesús vino, oímos la declaración de Juan el Bautista, quien proclamó que el reino de los cielos se había acercado (Mt. 3:1-2). Luego el mismo Señor Jesús dijo que el reino de los cielos se había acercado (4:17). Ellos dijeron esto porque para

entonces ya había personas que pertenecían al reino de los cielos. Cuando llegamos a Mateo 13, vemos que aparece el reino de los cielos en la tierra. En la actualidad, el reino de Dios está dondequiera que los hijos de Dios, por el Espíritu de Dios, echen fuera los demonios y sus obras. Al pedirnos que oráramos para que viniese el reino, el Señor expresaba Su anhelo de que el reino de Dios llene toda la tierra.

“¡Venga Tu reino!” Este no es sólo el deseo de la iglesia, sino también su responsabilidad. La iglesia debe traer el reino de Dios, para lo cual necesita pagar el precio de ser restringida por el cielo y someterse a su gobierno. Ella debe ser la puerta del cielo y debe permitir que la autoridad del cielo se exprese en la tierra. Para poder traer el reino de Dios, la iglesia tiene que conocer todas las maquinaciones de Satanás (2 Co. 2:11); y tiene que vestirse de toda la armadura de Dios a fin de estar firme contra las estratagemas del diablo (Ef. 6:11), pues dondequiera que está el reino de Dios, el diablo es echado fuera. Cuando el reino de Dios gobierne en la tierra completamente, Satanás será arrojado al abismo (Ap. 20:1-3). Puesto que la iglesia tiene una responsabilidad tan grande, Satanás hará todo lo que pueda por atacarla. Que la iglesia pueda orar como lo hicieron los santos de antaño: “Oh Jehová, inclina tus cielos y desciende” (Sal. 144:5). “Oh, si rompieras los cielos, y descendieras” (Is. 64:1). Al mismo tiempo debemos decirle a Satanás: “Apártate de la tierra ahora mismo, y vete al fuego eterno, el cual Dios ha preparado para ti” (cfr. Mt. 25:41).

El tercer deseo: “hágase Tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”

La oración “hágase Tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” muestra que la voluntad de Dios se hace en el cielo, y que no se hace completamente en la tierra. Dios es Dios; ¿quién puede impedir que se haga Su voluntad? ¿Podrá acaso el hombre o el diablo detener a Dios? Nadie puede detener a Dios. ¿Por qué entonces tenemos que orar? Para responder a esta pregunta, tenemos que mencionar algo relacionado con el principio de la oración.

En la Biblia existen algunos principios básicos acerca de la verdad. El principio de la oración es uno de ellos. ¡Cuán maravilloso es que la oración exista en la Biblia! Dios sabe de antemano lo que necesitamos. ¿Por qué, entonces, necesitamos orar? Según la perspectiva del hombre, puesto que Dios es omnisciente, no hay necesidad de que el hombre ore. Sin embargo, según la Biblia, Dios necesita la oración del hombre. La oración indica que aunque Dios quiere hacer algo, no lo hará solo; El esperará a que el hombre ore en la tierra antes de obrar. Dios tiene Su propia voluntad y Sus propios pensamientos. No obstante, espera a que los hombres oren. Aunque El conoce nuestras necesidades, antes de actuar tiene que esperar a que el hombre ore. El no obrará solo, pues esperará hasta que el hombre

haya orado. La razón por la cual debemos orar es que Dios no hará nada por Sí solo; El tiene que esperar a que el hombre ore antes de obrar. El Señor Jesús iba a nacer, pero era necesario que Simeón y Ana oraran por esto (Lc. 2:25, 36-38). El Espíritu Santo había de descender, pero sólo lo haría cuando los ciento veinte oraran diez días (Hch. 1:15; 2:1-2). Este es el principio de la oración. ¿Podemos en la oración pedirle a Dios que no haga lo que quiere hacer? No, de ninguna manera. Sin embargo, Dios tiene que esperar a que nosotros oremos antes de poder hacer lo que desea. En los días de Acab, vino la palabra de Jehová a Elías claramente diciendo: “Yo haré llover sobre la faz de la tierra”. Pero Elías tuvo que orar antes de que Dios enviara la lluvia (1 R. 18:1, 41-45). Dios no cumplirá Su voluntad solo. El debe esperar a que nosotros oremos antes de cumplir Su voluntad. ¿Qué es la oración? La oración significa que, en primer lugar, Dios tiene una voluntad; en segundo lugar, que nosotros tocamos esta voluntad y oramos por ella; y en tercer lugar, que Dios contesta nuestra oración.

Muchas personas tienen el concepto erróneo de que la razón por la cual el hombre ora a Dios es iniciar algo y pedirle a Dios que lo lleve a cabo. Pero la Biblia nos muestra que es Dios el que primero tiene una voluntad y quiere hacer algo; entonces nos muestra Su voluntad, y nosotros declaramos con nuestra boca la voluntad que hemos llegado a entender. Esto es la oración. El Señor nos enseñó a orar. Dios mismo desea que Su nombre sea santificado, que Su reino venga y que Su voluntad se haga en la tierra. Sin embargo, El no hará estas cosas por Su propia cuenta. El espera a que la iglesia ore. Si usted ora, yo oro y todos los hijos de Dios oramos, y las oraciones son lo suficiente numerosas, entonces Su nombre será santificado, Su reino vendrá y Su voluntad se hará en la tierra así como en el cielo. Los hijos de Dios tienen que aprender a hacer este tipo de oración. Siempre debemos recordar lo que Dios desea hacer. Aunque El ha determinado hacer algo, no lo hará; El debe esperar a que Sus hijos sean motivados y estén dispuestos a expresar Su voluntad en sus oraciones antes de que El pueda contestarlas. Aunque en el milenio Su nombre será santificado plenamente, Su reino vendrá y Su voluntad se hará en la tierra, ese tiempo vendrá más tarde o más temprano dependiendo de la oración de Sus hijos. El principio básico consiste en que Dios no hará nada según Su propósito solamente; antes de actuar El esperará a que Sus hijos oren en la tierra.

Algunas cosas pueden considerarse asuntos secundarios de la voluntad de Dios. Pero Dios tienen una voluntad suprema, y los asuntos pequeños de Su voluntad están incluidos ella. Cuando prestamos atención a la voluntad suprema de Dios, todos los demás asuntos se cumplirán. Dios tiene Su voluntad en el cielo, y Su Espíritu nos comunica esta voluntad. Por lo tanto, podemos responder a ella y clamar: “Dios, te pedimos que cumplas esto”. Cuando esto ocurre, Dios cumple Su

voluntad. En esto consiste el principio de la oración revelado en la Biblia. El mover de Dios hoy es afectado por nuestras oraciones en la tierra. Nuestro Señor nos ha revelado este misterio que estaba oculto desde los siglos. Hermanos y hermanas, si estamos dispuestos a hacer un sacrificio y apartar tiempo para orar, veremos que este tipo de oración no sólo recibirá respuesta sino también una recompensa.

La voluntad de Dios es como un río, y nuestra oración es como un canal. Si nuestra oración es grande, el logro de nuestra oración también será grande. Si nuestra oración es limitada, el logro de nuestra oración también lo será. El avivamiento de Gales durante 1903-1904 fue el mayor en la historia de la iglesia. Dios produjo un gran avivamiento usando a un minero, Evan Roberts, quien no tenía mucha educación; pero sus oraciones eran profundas. Después de haber dejado de predicar durante unos siete u ocho años, un hermano que se encontró con él, le preguntó: “¿Qué has estado haciendo durante estos años?” El respondió con una corta declaración: “He estado haciendo la oración del reino”. Si no hay oración, el reino no vendrá. Si los canales están bloqueados, el agua no podrá fluir. Al enseñarnos a orar, el Señor reveló la intención de Dios y lo que desea de nosotros. Cuando los hijos de Dios pongan su voluntad en armonía con la de Dios, el nombre de Dios será santificado, Su reino ciertamente vendrá y Su voluntad se hará en la tierra así como en el cielo.

TRES COSAS QUE SE PIDEN PARA UNO MISMO

La segunda sección se relaciona con tres cosas que uno pide para sí mismo.

**La primera cosa:
“el pan nuestro de cada día,
dánoslo hoy”**

Cuando algunos leen esto, no pueden entender por qué el Señor repentinamente cambia de tema y pasa del nombre, el reino y la voluntad de Dios al tema de nuestro pan de cada día. ¿No parece esto un paso hacia atrás, volverse de una oración tan elevada a asuntos tan triviales? Hermanos y hermanas, hay una razón para ello. Cuando un verdadero hombre de Dios ora continuamente por el nombre, el reino y la voluntad de Dios, el Señor se ocupa de las necesidades de ese hombre. Si la oración es importante, el que ora seguramente provocará el ataque de Satanás. Por tanto, el pan es algo por lo que tenemos que orar. El pan es la provisión inmediata del hombre y constituye una gran tentación. Cuando un hombre cae en una situación en la cual conseguir el pan cotidiano se convierte en un problema, se hallará en una gran prueba. Por una parte, oremos que el nombre de Dios sea santificado, que venga Su reino y que Su voluntad se haga en la tierra; por otra, como seres humanos, aún vivimos en la tierra y necesitamos el pan de cada día. Satanás sabe esto. Por consiguiente, es menester que oremos pidiendo

protección. Esta es la oración de un cristiano por su propia provisión; necesita pedir la protección del Señor. De no ser así, tal vez al mismo tiempo que hace una oración elevada, sea atacado. Satanás puede atacar. Cuando no tenemos suficiente pan, somos atacados, y nuestra oración es afectada. Necesitamos ver la necesidad de esta oración. Todavía somos seres humanos, vivimos en la tierra y nuestro cuerpo necesita pan. Por tanto, tenemos que pedirle a Dios que nos lo dé.

Esta oración también nos muestra que necesitamos acudir a Dios y orar a Él diariamente. El Señor nos enseña a orar: “El pan nuestro de cada día, dánoslo *hoy*”. No oramos semanalmente, sino diariamente. No tenemos en qué apoyarnos en la tierra, y tampoco tenemos ahorros. En cierto sentido, no podemos orar por el pan semanal ni mensual; tenemos que orar por el pan de hoy. ¡Cuánta confianza en Dios se requiere en tal circunstancia! El Señor no desconoce nuestras necesidades diarias; El no nos dice que nos olvidemos de ellas, sino que oremos diariamente. En realidad, el Padre ya sabe qué necesitamos. El Señor quiere que le pidamos a Dios por nuestro pan cada día porque quiere que aprendamos a acudir al Padre día a día y que ejerzamos nuestra fe día a día. Frecuentemente extendemos demasiado nuestras preocupaciones hacia el futuro y alargamos nuestra oración del mismo modo. Hermanos y hermanas, si tenemos un deseo firme de entregarnos a Su nombre, Su reino y Su voluntad, sufriremos grandes penalidades. Pero si Dios nos da nuestro pan de cada día, no tendremos que orar por el pan de mañana sino cuando llegue el día de mañana. No se preocupen por el mañana; basta a cada día su propio mal (Mt. 6:31-34).

**La segunda cosa: “perdónanos
nuestras deudas, como también nosotros
perdonamos a nuestros deudores”**

Por un lado, pedimos por nuestra provisión material; por otro, pedimos por una buena conciencia. Día tras día ofendemos a Dios. Es posible que en muchas cosas no pequemos, pero incurrimos en deudas. El no hacer lo que debemos hacer es incurrir en una deuda. El no decir lo que debemos decir también nos hace deudores. No nos es fácil mantener una buena conciencia delante de Dios. Cada noche al acostarnos, nos damos cuenta de que hemos cometido muchas ofensas contra Dios. Tal vez no sean pecados, pero todas son deudas. Tenemos que pedirle a Dios que nos perdone nuestras deudas para poder tener una buena conciencia. Esto es muy importante. Ser perdonados de nuestras deudas equivale a ser perdonados de nuestros pecados; necesitamos este perdón para poder tener una buena conciencia y vivir delante de Dios con franqueza. Muchos hermanos y hermanas tienen la experiencia de que tan pronto haya una grieta en su conciencia, su fe desaparece. No debemos permitir que haya grietas en nuestra conciencia. En cuanto a la fe y a tener una buena conciencia, Pablo dijo: “Desechando las cuales

naufugaron en cuanto a la fe algunos” (1 Ti. 1:19). La conciencia es como un barco; no puede darse el lujo de tener agujeros. Una vez que la conciencia tiene un agujero, la fe se escapa. La conciencia no puede tener deuda alguna; ni acumular ofensas. Una vez que tiene alguna ofensa, tendrá un agujero, y lo primero que se escapará será nuestra fe. Si la conciencia tiene un agujero, uno no puede creer aunque lo intente. Una vez que la acusación aparece en la conciencia, la fe escapa. Por tanto, a fin de mantener una buena conciencia, tenemos que pedirle a Dios que perdone nuestras deudas. Este es un asunto crucial. El perdón de nuestras deudas no tiene nada que ver con el hecho de recibir la vida eterna, pero sí tiene que ver con nuestra comunión con Dios y con Su disciplina.

Tenemos que pedirle a Dios que perdone nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Si una persona se porta mal con usted, y usted no le perdona las ofensas, no puede pedirle a Dios que perdone sus propias deudas. Una persona con una mente estrecha, que siempre se fija en cómo otros lo han ofendido, herido o maltratado, no puede ofrecer esta oración ante Dios. Necesita un corazón perdonador antes de poder pedirle al Padre con denuedo: “Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”. Uno no puede pedirle a Dios que perdone sus deudas si no ha perdonado a quienes le deben a uno. Si no hemos perdonado a nuestros deudores, ¿cómo podemos atrevernos a pedirle a Dios que perdone nuestras deudas? Si no hemos recibido algo que se nos debe, y guardamos rencor en nuestro corazón, recordando las ofensas que otros nos han hecho, ¿cómo podemos hacer este tipo de oración al Padre? Así como nuestras ofensas necesitan ser perdonadas delante de Dios, nosotros también tenemos que perdonar las ofensas que otros nos hacen. Nosotros tenemos que perdonar primero las deudas de otros antes de poder pedirle al Padre con confianza: “Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”.

Necesitamos prestar atención al hecho de que la Biblia no sólo nos habla de nuestra relación con el Padre, sino también de nuestra relación con los demás. Si un hermano está consciente solamente de su relación con Dios y se olvida de su relación con otros hermanos y hermanas, pensando que no hay nada mal entre él y Dios, se engaña a sí mismo. Hermanos y hermanas, nunca pasen por alto su relación con los demás. Si hay una barrera entre usted y otro hermano o hermana, inmediatamente pierde la bendición de Dios. Si hay algo que debe hacer por un hermano o hermana o decirle a un hermano o hermana y no lo ha hecho, tal vez en esto no haya pecado, pero ha incurrido en una deuda. No piense que todo está bien sólo porque usted cree que no ha pecado. También es necesario estar libre de deudas. Al mismo tiempo, si un hermano o hermana le debe algo y usted no lo olvida, entonces usted no perdona las deudas de ellos. Esto también le impedirá

ser perdonado por Dios. Dios lo tratará a usted de la misma manera que usted trate a los demás. Si usted no olvida la deuda de ellos y continúa recordándola y quejándose, está muy engañado si cree que Dios le ha perdonado sus deudas. El Señor nos enseña claramente a orar: “Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”. Necesitamos prestar atención a las palabras “como también nosotros perdonamos”. Si no existieran estas palabras “nosotros perdonamos” sería imposible usar la palabra “como”. Si nosotros no hemos perdonado a nuestros deudores, nuestras deudas serán recordadas delante de Dios. Si hemos quitado de nuestro corazón las deudas de ellos y ya no queda nada, podemos acercarnos con denuedo delante de Dios y decirle: “Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”. Dios entonces tendrá que perdonarnos. Tenemos que perdonar incondicionalmente a nuestros deudores, pues esto influye en que seamos perdonados por Dios.

**La tercera cosa:
“no nos metas en tentación,
mas líbranos del maligno”**

La primera parte habla de nuestras necesidades materiales, y la segunda, de nuestra relación con los hermanos y hermanas. Esta tercera parte habla de nuestra posición frente a Satanás. “No nos metas en tentación” es una petición negativa. “Mas líbranos del maligno” es positiva. Por un lado, cuando vivimos para Dios en la tierra y tenemos un fuerte deseo de dedicarnos a Su nombre, Su reino y Su voluntad, nos encontramos con necesidades materiales y, por ende, debemos pedir por nuestro pan de cada día. Por otro lado, nuestra conciencia necesita estar limpia y libre de ofensa delante de Dios; para esto necesitamos que Dios perdone nuestras deudas. Pero hay otra cosa. También necesitamos paz; para esto necesitamos pedirle a Dios que nos libre de la mano de Satanás. Hermanos y hermanas, cuanto más tomemos el camino del reino de los cielos, más grandes serán las tentaciones. ¿Qué debemos hacer entonces? Podemos orar y pedirle a Dios que “no nos meta en tentación”. Hermanos y hermanas, no podemos tener tanta confianza en nosotros mismos, pensando que podemos hacerle frente a alguna tentación. Puesto que el Señor nos ha pedido que oremos, debemos orar pidiendo a Dios que no nos meta en tentación. Nosotros no sabemos cuándo vendrá la tentación. Así que debemos orar de antemano para que no caigamos en tentación. Esta oración es para nuestra protección. No es que estemos esperando cada día que venga la tentación, sino que oramos cada día para que no venga. Debemos pedir que solamente confrontemos aquello que el Señor permita venir sobre nosotros y no alguna otra cosa que el Señor no quiera que venga sobre nosotros. Si no oramos de esta manera, no seremos capaces de resistir la tentación ni siquiera por un momento. Tenemos que pedirle al Señor que no nos meta en tentación, que no permita que nos enfrentemos a nadie y que no se nos atraviese nada que no deba. Esta es una

oración de protección. Tenemos que orar para que Dios nos proteja, para que nuestro pan de cada día sea provisto, para que nuestra conciencia esté limpia y para que no tengamos que enfrentar las tentaciones. Debemos pedirle al Señor en toda circunstancia que no nos meta en tentación. Debemos orar que no confrontemos nada que el Señor no haya permitido. Diariamente, tenemos que pedirle a Dios que nos guarde de la tentación.

No sólo tenemos que pedirle a Dios que no nos meta en tentación, sino también que nos “libre del maligno”. Esta oración es positiva. No importa donde ponga Satanás su mano, tenemos que pedirle al Señor que nos libre del maligno. En cuanto al pan de cada día, en cuanto a la condenación de nuestra conciencia y en cualquier tentación, tenemos que pedirle al Señor que nos libre del maligno. En otras palabras, le pedimos que no caigamos en la mano del maligno. Al leer Mateo 8 y 9, encontramos que las manos de Satanás están puestas en más cosas de las que uno espera o se da cuenta. Están ocultas en la fiebre que viene de repente sobre el cuerpo de una persona (8:14) y en la tormenta que se levanta de repente en el mar (8:24). Ellas hacen que los demonios operen en los hombres y ahoguen los cerdos (8:28-32). Ellas obran en el interior del corazón del hombre haciendo que rechace al Señor y se oponga a El sin haber razón alguna (9:3, 11). En síntesis, Satanás está activo causando daño al hombre e infligiéndole sufrimiento. Por tanto, tenemos que pedir ser librados del maligno.

Los tres deseos acerca de Dios son oraciones básicas, y las tres peticiones por nosotros mismos son oraciones de protección. No le pedimos al Señor por nuestro pan de cada día sólo porque deseemos comer. No le pedimos que nuestra conciencia esté sin ofensa sólo por tener una buena conciencia. No le pedimos al Señor que nos libre del maligno sólo porque queramos ser librados del maligno. Oramos por todas estas cosas a fin de vivir más tiempo en la tierra para poder desempeñar la obra de oración a fin de que el nombre del Padre sea santificado, Su reino venga y Su voluntad sea hecha en la tierra como en el cielo.

TRES COSAS POR LAS CUALES ALABAR

Finalmente, el Señor nos enseñó a alabar por causa de tres cosas: “Porque Tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén”. Esta alabanza nos habla de que el reino, el poder y la gloria le pertenecen al Padre. Las tres cosas por las cuales alabamos se relacionan con nuestra liberación del maligno. También se relacionan con toda la oración que enseñó el Señor. Oramos que el Señor nos libre del maligno porque el reino, el poder y la gloria son del Padre y no de Satanás. Este es el punto principal: puesto que el reino, el poder y la gloria le pertenecen al Padre, nosotros no debemos caer en la mano de Satanás. Esta es la razón por la cual no debemos caer en la mano de Satanás. Si caemos, ¿cómo podríamos

glorificar al Padre? Si el Padre ha de ejercer poder sobre nosotros, entonces Satanás no puede hacerlo. Como el reino de los cielos le pertenece al Padre, no podemos ni debemos caer en la mano de Satanás.

Con respecto a la autoridad, debemos recordar lo que dijo el Señor: “He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre todo poder del enemigo, y nada os dañará” (Lc. 10:19). Este versículo dice que la potestad que El da nos capacita para vencer el poder del enemigo. Junto con la autoridad viene el poder. El Señor quiere que sepamos que junto con el reino está la autoridad, y detrás de la autoridad está el poder para regir. El reino es de Dios y no de Satanás. La autoridad le pertenece a Dios, no a Satanás. Por lo tanto, el poder le pertenece a Dios, no a Satanás. Por supuesto, la gloria también le pertenece a Dios, no a Satanás. Puesto que el reino, el poder y la gloria pertenecen a Dios, los que pertenecen a Dios deben vencer toda tentación y ser librados de la mano de Satanás.

En el Nuevo Testamento, el nombre del Señor denota autoridad, mientras que el Espíritu Santo denota poder. Toda la autoridad está en el nombre del Señor, y todo el poder está en el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el poder de Dios. El reino se refiere al gobierno del cielo y a la autoridad de Dios, mientras que el poder nos habla de que todo el poder está en el Espíritu Santo. Cuando Dios obra, el Espíritu Santo llega a ser Su poder. Puesto que el reino pertenece a Dios, Satanás no tiene donde ejercer su dominio. Puesto que el poder pertenece al Espíritu Santo, Satanás de ninguna manera puede tocar al Espíritu Santo. Mateo 12:28 nos habla de que cada vez que los demonios se encontraron con el Espíritu Santo, fueron echados. Por último, la gloria también pertenece a Dios. Por tanto, podemos declarar y alabar en voz alta: “Porque Tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén”.

El Señor nos enseñó a orar así. Esto no quiere decir que debemos recitar esta oración como un rezo, sino que debemos orar en conformidad con este modelo. Todas las oraciones deben seguir este modelo. En cuanto a Dios, deseamos que Su nombre sea santificado, que Su reino venga y que Su voluntad sea hecha en la tierra como se hace en el cielo. En cuanto a nosotros, pedimos que Dios nos proteja. En cuanto a nuestra alabanza, se basa en el hecho de que el reino, el poder y la gloria son de El. Puesto que el reino, el poder y la gloria son de El, Su nombre debe ser santificado, Su reino debe venir y Su voluntad debe ser hecha en la tierra como en el cielo. Puesto que el reino, el poder y la gloria son de El, le pedimos a El nuestro pan de cada día, que perdone nuestras deudas, que nos libre de tentación y del maligno. Toda oración debe tomar ésta como modelo. Algunos han dicho que esta oración no es para cristianos porque no concluye con las palabras “en el nombre del Señor”. Eso es una necedad. La oración que el Señor enseña no es una fórmula mágica que debemos repetir. ¿Qué oración del Nuevo Testamento termina

con las palabras “en el nombre del Señor”? Cuando los discípulos estaban en la barca, y clamaron: “¡Señor, sálvanos, que perecemos!” (Mt. 8:25), ¿terminaron con las palabras “en el nombre del Señor”? El Señor no enseñó que teníamos que decir estas palabras. El nos enseñó a orar conforme a este principio. El nos enseñó la manera de orar; no nos dijo que oráramos con estas palabras.

LA IMPORTANCIA DE PERDONAR LAS OFENSAS

Después que el Señor concluyó Su enseñanza sobre la oración, añadió: “Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas”. Esta es la explicación que el Señor da del versículo 12 [de Mateo 6], donde dice: “Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”. Los cristianos fallan muy fácilmente en este asunto de perdonar a otros. Si existe entre los hijos de Dios la tendencia a no perdonar, se esfumarán todas las lecciones que han aprendido, la fe y el poder. Es por esto que el Señor es tan enfático y claro. Aunque estas palabras son sencillas, los hijos de Dios la necesitan. “Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial”. Es muy sencillo recibir el perdón del Padre. Pero “si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas”. No existe el perdón superficial. Esta palabra es sencilla, pero el hecho no es tan sencillo. Si perdonamos a otros sólo de labios pero no en nuestro corazón, esto no es perdón a los ojos de Dios. El perdón que se da sólo de labios es vano y engañoso y no cuenta ante el Padre. Tenemos que perdonar de corazón las ofensas. Así como los discípulos necesitaban esta palabra del Señor, también nosotros la necesitamos. Si los cristianos son irreconciliables y no perdonan a otros de corazón, la iglesia será perjudicada. Si no tenemos la intención de comportarnos como iglesia y si al presentarse un desacuerdo queremos seguir cada uno su propio camino, entonces no necesitamos perdonarnos los unos a los otros. Pero el Señor sabe cuán crucial es este asunto para nosotros. Por tanto, El lo reiteró al final de la oración. El Señor sabe que cuanto más comunicación y comunión tenemos, tanto más necesitamos perdonarnos unos a otros. El sabe cuán crítico es esto. Por tanto, El tuvo que llamarnos la atención al respecto. Si no nos perdonamos unos a otros, le daremos ocasión al diablo fácilmente. Si no podemos perdonarnos, entonces no somos ciudadanos del reino ni podemos llevar a cabo la obra del reino. Ninguno que tenga una actitud implacable puede participar en la obra del reino, y nadie que tenga esta actitud puede vivir en el reino. Cuando tenemos un problema con los hermanos y hermanas, lo tenemos con el Señor. No podemos orar al Señor por un lado, y permanecer sin perdonar por el otro. Hermanos y hermanas, esto no es algo insignificante. Debemos prestar atención a lo que el Señor presta atención. Necesitamos perdonar a otros sus ofensas.

Finalmente, debemos notar cuán interesado está el Señor en la oración. Sólo hay cuatro versículos que hablan de dar limosnas. En cuanto al ayuno, sólo hay tres versículos. Pero acerca de la oración, habla reiteradas veces porque la oración se relaciona con Dios. La oración es la labor más importante del cristiano. El Señor nos muestra que se recibe recompensa por la oración porque es un asunto muy grande. Todos los que sean fieles a la oración recibirán una recompensa. Todos lo que continúen con esta labor en secreto y le presten atención no quedarán sin recompensa. Que Dios levante personas que oren por Su obra.

Además, la oración que el Señor enseñó usa la palabra “nosotros” (primera persona del plural). Es así como ora la iglesia. Esta es una oración que está plenamente consciente del Cuerpo. Es una oración admirable. No sé cuantos santos habrá en la tierra que puedan orar de esta manera. Hermanos y hermanas, que podamos consagrarnos de nuevo para orar de esta manera. Un sinnúmero de santos a lo largo de las edades ha llegado a ser parte de esta gran oración. Que el Señor tenga misericordia de nosotros para que también podamos participar en esta gran oración.

3

EN EL NOMBRE DEL SEÑOR JESUS: EL COMPROMISO DE DIOS

Lectura bíblica: Fil. 2:9-11; Ef. 1:21; Jn. 14:13-14; 15:16; 16:23-24, 26a; Mr. 16:17; Lc. 10:17-19; 24:47; Hch. 3:6; 4:7, 10, 12; 10:43; 16:18; 19:5; 1 Co. 6:11

Uno de los asuntos que debemos entender con claridad delante de Dios es el nombre del Señor Jesús. Nadie en la tierra puede ser salvo sin el nombre del Señor Jesús, y nadie puede ser útil en las manos de Dios sin conocer el nombre del Señor Jesús. Tenemos que conocer lo que significa el nombre del Señor Jesús. Es una lástima que el nombre del Señor Jesús haya llegado a ser tan común en las conversaciones del hombre. En muchas ocasiones la expresión *en el nombre del Señor Jesús* carece de significado. Se oye y se lee con frecuencia, hasta el punto de desvirtuarse lo que significa estar en el nombre de Jesucristo. Necesitamos pedirle a Dios que nos dé un entendimiento renovado de lo que significa el nombre tan conocido del Señor Jesús.

El nombre del Señor Jesús es un nombre especial. El no poseía esto mientras estaba en la tierra. Mateo 1 dice que cuando el Señor Jesús estuvo en la tierra, Su nombre era Jesús. Pero Filipenses 2 dice que El fue obediente hasta la muerte y muerte de cruz, y que por eso Dios le exaltó hasta lo sumo y le dio un nombre que está por encima de todo nombre. ¿Cuál es ese nombre? Filipenses 2:10-11 dice: "Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese públicamente que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre". El nombre es "el nombre de Jesús". El no recibió este nombre mientras estuvo en la tierra, sino después de ascender al cielo. Cuando estuvo en la tierra se llamaba Jesús. Por obedecer hasta Su muerte en la cruz, Dios le exaltó. En esta exaltación, se le dio un nombre que es sobre todo nombre. Dicho nombre es "el nombre de Jesús".

Pablo no fue el único que recibió la revelación del cambio que experimentó el nombre del Señor; también el propio Señor Jesús habló en el Evangelio de Juan de un gran cambio que experimentaría Su nombre. El dijo: "Hasta ahora nada habéis pedido en Mi nombre; pedid, y recibiréis ... En aquel día pediréis en Mi nombre" (Jn. 16:24, 26). "En aquel día" pediremos en Su nombre. Cuando el Señor dijo esto, todavía no había recibido el nombre que es sobre todo nombre. Sólo "en aquel día"

recibiría el nombre que es sobre todo nombre. Sólo a partir de entonces podríamos pedir al Padre en Su nombre.

Abra el Señor nuestros ojos para que veamos el gran cambio que experimentó el nombre del Señor después de Su ascensión. No podemos comprender este cambio con nuestra mente. Este nombre es el nombre que Dios le dio, y es un nombre que está sobre todo nombre.

¿Qué representa este nombre? Representa autoridad y poder. ¿Por qué denota este nombre autoridad y poder? Filipenses 2:10-11 dice: “Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese públicamente que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”. Esto es autoridad. Toda rodilla debe doblarse ante el nombre de Jesús, y todos tienen que llamar a Jesús Señor. Así que, el nombre de Jesús indica que Dios le dio la potestad y el poder que lo trascienden todo.

En Lucas 10:17 los discípulos dijeron al Señor: “Señor, aun los demonios se nos sujetan en Tu nombre”. Para los discípulos era una gran cosa poder echar fuera demonios en el nombre del Señor. Los demonios tal vez no teman a muchos nombres que hay en la tierra, pero cuando los discípulos actuaron en el nombre del Señor Jesús, los demonios se les sujetaron. Más tarde el Señor explicó por qué Su nombre hacía que los demonios se les sujetaran. Les dijo: “He aquí os doy potestad de hollar ... sobre todo poder del enemigo” (v. 19). Por lo tanto, el nombre equivale a autoridad. Donde está el nombre, ahí está la autoridad.

También los gobernantes judíos sabían esto. Después de que Pedro sanó a un cojo, al día siguiente los gobernantes llamaron a los apóstoles para que comparecieran ante ellos y les preguntaron: “¿Con qué potestad, o en qué nombre, habéis hecho vosotros esto?” (Hch. 4:7). En otras palabras, ¿qué autoridad tenían como base para decirle al cojo que se levantara y anduviera? Ellos sabían que la autoridad yace en el nombre. Así que, el nombre de Jesús tiene toda la autoridad que Dios le ha confiado a El. No queremos decir que el nombre en sí sea la autoridad, sino que el efecto del nombre es autoridad.

En el Nuevo Testamento no sólo vemos el nombre de Jesús, sino también una expresión muy particular: “en el nombre de Jesús”. Hermanos y hermanas, ¿podemos ver esto? No se trata solamente del nombre de Jesucristo sino de estar en el nombre de Jesucristo. Si leemos cuidadosamente la Palabra de Dios y procuramos andar por la senda espiritual, es posible que frecuentemente digamos que actuamos en el nombre del Señor Jesús o en el nombre de Jesucristo, sin saber en realidad lo que significa estar en este nombre. Si no sabemos cómo conducirnos en el nombre del Señor Jesús, no podemos ni siquiera ser cristianos. Por

consiguiente, necesitamos entender el significado de estar en el nombre del Señor Jesús.

La primera vez que el Señor Jesús habló de estar en Su nombre fue en Juan 14—16. Después de lavarle los pies a los discípulos, El les habló. El Señor habló claramente en estos tres capítulos de lo que podemos hacer cuando estamos en Su nombre. El dijo: “Todo lo que pidáis en Mi nombre, lo haré ... Si algo pedís en Mi nombre, Yo lo haré” (14:13-14). Desde el capítulo catorce hasta el dieciséis, El dijo repetidas veces a Sus discípulos que pidieran en Su nombre. Esto no sólo muestra que un día El recibiría un nombre que es sobre todo nombre, sino también que los discípulos podrían hacer uso de este nombre. Este nombre es el nombre que Dios le dio a Su Hijo Jesús, el cual, a su vez, se nos ha dado. Ahora se encuentra en mis manos y las de usted. Ahora usted y yo y todos los demás podemos usar este nombre. Por eso la Biblia no habla solamente de que el Señor Jesús recibió un nombre que es sobre todo nombre, sino también de la experiencia de estar en el nombre de Jesucristo. No sólo existe Su nombre sino también el hecho de estar en Su nombre. El nombre de Jesucristo es el nombre que El recibió de Dios, y estar en el nombre de Jesucristo equivale a participar de ese nombre, lo cual corresponde a los hijos de Dios. Por tanto, estar en el nombre del Señor Jesús es participar de Su nombre. Esto significa que podemos usar este nombre. Hermanos y hermanas, tenemos que darnos cuenta de que esto es lo más grande que se nos ha encomendado de parte de Dios y del Señor Jesús.

¿Por qué decimos que Dios nos ha encomendado el nombre de Jesús? ¿Qué significa *encomendado*? Dios nos comisiona a predicar el evangelio, a hacer cierta obra y a ir a cierto lugar y hablar por El. Todas estas cosas son lo que Dios nos ha comisionado. Pero el significado de estar en el nombre del Señor Jesús no se refiere a esta clase de comisión. Estar en el nombre del Señor Jesús significa que Dios nos ha encomendado Su Hijo. Dios no nos manda cierta obra, sino que nos da a Su Hijo. Dios no nos encomienda que vayamos, sino que llevemos con nosotros a Su Hijo. Esto es lo que significa estar en el nombre del Señor Jesús.

Estar en el nombre del Señor Jesús significa que Dios nos encomienda Su Hijo. Supongamos que usted tiene una suma de dinero en el banco. Cuando usted quiere retirar el dinero, tiene que usar su sello. Si le pide a un amigo que retire el dinero por usted, tiene que darle una autorización. Será muy fácil retirar el dinero puesto que trae consigo la autorización. Cuando él va al banco, escribe un cheque por diez dólares y sella el cheque, recibirá diez dólares. Estar en el nombre del Señor es como si el Señor nos diera Su sello de autorización. Hermanos y hermanas, nosotros tenemos una cantidad limitada en depósito, y sólo podemos retirar cierta cantidad de fondos. Pero tener el sello del Señor Jesús es algo asombroso. Si yo tengo una gran cantidad de dinero en el banco y le encomiendo a alguien la

chequera y la autorización, tengo que confiar en él plenamente. Si no confío en él, me preguntaré si usará o no mi sello de autorización para retirar dinero. ¿Cómo sé que no escribirá cheques con mi sello? ¿Cómo sé que no firmará contratos con mi sello? Si no confío en una persona, no puedo encomendarle mi sello. Si le doy mi sello, esto significa que respaldo todo lo que esa persona haga. Esto es lo que significa estar en el nombre del Señor; significa que el Señor se atreve a encomendar Su nombre en nuestras manos, y nos permite usarlo. El Señor confía en nosotros hasta el punto de atreverse a encomendarnos Su nombre y permitirnos usarlo. Esto es lo que significa estar en el nombre del Señor Jesús. Estar en el nombre del Señor significa que el Señor Jesús se nos da a nosotros y que está dispuesto a reconocer todo lo que hagamos en Su nombre. El está dispuesto a asumir las consecuencias de lo que nosotros hagamos en Su nombre.

A veces le decimos a una persona: “Ve y dile a cierto hermano lo que debe hacer. Si te pregunta quién lo dice: dile que yo”. Esto es estar en el nombre de alguien. Estar en el nombre de alguien es hacer uso de ese nombre. Si usted le confía su nombre a alguien, y él lo usa, usted tiene que responsabilizarse del uso que esta persona haga de su nombre. Esto es lo que significa estar en el nombre.

La última noche que el Señor estuvo en la tierra, les dijo a Sus discípulos: “Todo lo que pidáis en Mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pedís en Mi nombre, Yo lo haré” (Jn. 14:13-14). Esto quiere decir que el Señor Jesús encomendó algo grande a Sus discípulos; les dio Su nombre. Su nombre es autoridad, y no hay otra cosa que El pueda dar que sea mas grande que ésta. Supongamos que después de que el Señor Jesús encomendó Su nombre en nuestras manos, lo usamos de manera irresponsable. ¿Qué pasaría? Una persona que ocupa una posición importante sólo necesita dar una orden y sellarla, y la orden es ejecutada. Si esta persona le da su sello a otra, será responsable del uso que ésta le dé al sello. ¿Cree usted que él pueda encomendar fácilmente su sello a cualquier persona? Por supuesto que no. Pero el Señor Jesús nos encomendó Su nombre a nosotros. El nombre del Señor es un nombre que es sobre todo nombre. El está dispuesto a encomendarnos Su nombre y a permitirnos usarlo. ¿Vemos la responsabilidad que conlleva el encomendarnos Su nombre? Dios confía en nosotros y nos encomienda el nombre del Señor Jesús. Dios se hará responsable de todo lo que hagamos en Su nombre. Hermanos y hermanas, ¡qué cosa tan tremenda es ésta! ¡Dios se hará responsable de todo lo que hagamos en el nombre del Señor Jesús!

Una característica de esta era es que el Señor Jesús no hace nada directamente. El no habla directamente en la tierra, ni realiza ningún milagro directamente, ni salva a los hombres directamente, sino que actúa por medio de la iglesia. Hoy el Señor efectúa Su obra mediante la iglesia y no directamente. Esta es la razón por la cual

encomendó Su nombre a la iglesia. Pero qué gran responsabilidad tiene que llevar El. Es fácil aceptar responsabilidad por lo que uno hace directamente, ya que uno sólo asume la responsabilidad por los hechos propios y no por los de otros. Si usted tiene el sello en su mano, aceptará responsabilidad sólo por lo que usted mismo haga. Pero si su sello está en la mano de otro, tendrá que asumir la responsabilidad por lo que él haga con su sello. Si el Señor Jesús estuviera en el mundo hoy obrando de la misma manera que lo hizo antes, llevándolo a cabo todo El solo, no tendría que responsabilizarse de lo que nosotros hiciéramos. Pero hoy el Señor no lleva a cabo la obra solo, pues la encomendó a la iglesia. Todo lo que el Señor Jesús hace hoy, lo efectúa en la iglesia. Hoy la obra de la iglesia es la obra del Señor. Por lo tanto, El debe asumir la responsabilidad de todo lo que la iglesia hace con Su nombre. Al encomendar una tarea, tenemos que encontrar una persona confiable. Si alguien no es confiable, no se le puede encomendar algo. Pero hoy el Señor Jesús está obligado a encomendarse a la iglesia. Esta no es la era en que el Hijo de Dios aparece en la carne, sino la era cuando el Hijo de Dios aparece en el Espíritu y en la iglesia. Puesto que tal es el caso, El tiene que encomendarse a la iglesia. De no ser así, no podría hacer nada. El ascendió a los cielos y ahora está sentado a la diestra del Padre, esperando que Su enemigo sea puesto por estrado de Sus pies. Allí está como Sumo Sacerdote orando. Este es Su oficio. El ha encomendado Su obra en la tierra a la iglesia. Por consiguiente, la iglesia tiene la potestad de usar Su nombre hoy, el Señor asume la responsabilidad por el uso que la iglesia hace de Su nombre.

La iglesia no puede obtener una autoridad mayor en la tierra que la de actuar en el nombre del Señor Jesús. El Señor ha encomendado Su nombre a la iglesia. Esta es la mayor encomienda posible, puesto que este nombre es El mismo. Todo lo que usted hable en el nombre del Señor Jesús viene a ser lo que El mismo habla. Todo lo que usted pida en el nombre del Señor Jesús llega a ser lo que El pide. Lo que usted decida en el nombre del Señor Jesús se convierte en lo que El decide. La iglesia tiene la autoridad de hablar en el nombre del Señor. ¡Qué gran cosa le ha encomendado Dios a la iglesia!

En la Biblia vemos un ejemplo de lo que es actuar en el nombre del Señor. Cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo por el cuerpo de Moisés, no dijo: “Te reprendo”, sino “El Señor te reprenda”. Si usted expresa la idea de este modo, entonces se convierte en una oración o un deseo. El arcángel dijo: “El Señor te reprenda” (Jud. 9). Esto quiere decir que cuando él reprendía al diablo era como si el Señor lo reprendiera. El arcángel Miguel aplicó el nombre del Señor. Así que, estar en el nombre del Señor Jesús no significa necesariamente decir las palabras “en el nombre del Señor Jesús”. Hacer cosas en el nombre del Señor Jesús significa que usamos Su nombre de la misma manera que usamos nuestro propio nombre.

Aquí tocamos un principio espiritual muy importante: podemos usar el nombre del Señor de la misma manera que usamos nuestro propio nombre. Muchas personas dicen que no han agotado el poder que hay en la sangre del Señor. Más bien yo diría que no hemos agotado el poder que hay en Su nombre. Pablo pudo decirles a los corintios: “No tengo mandamiento del Señor; mas doy mi parecer”. Más adelante, añade: “Pienso que también yo tengo el Espíritu de Dios” (1 Co. 7:25, 40). Necesitamos entender que podemos usar este nombre. Hermanos y hermanas, ¿se dan cuenta de que hay un nombre, una potestad y un poder que han sido entregados en las manos de la iglesia? La iglesia los puede usar. La iglesia debe usar debidamente el nombre del Señor. Decimos que la iglesia reina, pero sin el nombre, no habría posibilidad de que la iglesia reinase. Decimos que la iglesia tiene la llaves del reino y que es responsable de traer el reino. Pero sin el nombre, la puerta del reino no podría abrirse. Decimos que la intención de Dios es que la iglesia ate la muerte mediante la vida y que ate a Satanás. Pero si no tuviéramos este nombre o no supiéramos usarlo, no nos sería posible realizar estas cosas. Tenemos que ver que el Señor Jesús le dio este nombre a la iglesia.

Por consiguiente, Dios manda que cuando un hombre cree en el Señor y es salvo, debe ser bautizado. ¿Qué es el bautismo? Es entrar en el nombre del Señor. Desde que fui bautizado, comencé a participar de este nombre, y desde ese día, Dios me encomendó este nombre. Puedo usar el nombre del Señor Jesús así como uso mi propio nombre. Es por esto que el bautismo es tan importante. Según la realidad espiritual, soy un hombre muerto y también un hombre resucitado. Puesto que estoy firme sobre la base de la muerte y la resurrección, puedo usar el nombre del Señor. A partir de entonces, estoy relacionado con Su nombre. El es Cristo, y nosotros somos cristianos. ¿Qué es un cristiano? ¿Qué es la iglesia? La iglesia es simplemente un grupo de personas en la tierra que pueden usar el nombre del Señor, y Dios asume la responsabilidad de sus acciones cada vez que hagan uso de ese nombre. Cuando usemos este nombre, Dios aceptará la responsabilidad por ello. Esto es maravilloso. Nuestra relación con el nombre del Señor comenzó cuando fuimos bautizados. Fuimos bautizados en el nombre. Es decir, mediante el bautismo entramos en el nombre.

Vemos, entonces, que la cruz y la resurrección son indispensables. Solamente al afirmarnos sobre la base del bautismo podemos usar el nombre del Señor. Si no estamos firmes en el bautismo, no podemos usar Su nombre, pues la cruz no tendrá una vía libre en nosotros, y el Señor Jesús no tendrá ningún efecto en nosotros. Aun si usamos Su nombre, Dios no asumirá la responsabilidad por ello. Necesitamos estar firme sobre la base del bautismo. Estar sobre la base del bautismo significa que creemos en la cruz y que el viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo; así aceptamos el principio de la cruz y recibimos la cruz

como aquello que pone fin a nuestra vida natural. El bautismo indica que todo lo que tenemos debe pasar por la muerte diariamente. Sólo lo que queda después de pasar por la muerte tiene valor espiritual. Si algo llega a su fin al pasar por la muerte, no permanecerá delante de Dios. Dios acepta las cosas que permanecen después de pasar por la cruz, las que no son destruidas después de que pasan por la muerte.

Los hijos de Dios necesitan ver lo que es la cruz. Necesitamos que Dios nos revele lo que hemos recibido en Cristo. Vendrá el día cuando el Señor quebrantará la columna vertebral de nuestra vida natural. Sólo entonces seremos útiles. Tiene que llegar el día en que Dios pueda ver la marca de la cruz en nosotros. En muchas personas no se ve que la cruz haya hecho obra alguna. No se ve que haya hecho nada en su manera de hablar ni de actuar ni en sus sentimientos y tampoco en su actitud delante de Dios. Tiene que llegar el día en que Dios quebrante y destruya a esa persona por la cruz. Sólo lo que permanece después de la cruz es resurrección. La resurrección es lo que la muerte no logra destruir, lo que no es aniquilado por la muerte. La resurrección es lo que permanece después de que una persona es herida por el Señor. Sólo quienes se afirman sobre esta base pueden ejercer la autoridad del Señor, y sólo ellos pueden usar el nombre del Señor. Dios asumirá responsabilidad por los que se apoyen en esta base, y El los respaldará cuando usen el nombre del Señor. Hermanos y hermanas, esto es lo más grande que se nos ha encomendado. Dios puede encomendarnos el nombre de Su Hijo y permitirnos usar este nombre como si fuera nuestro propio nombre. Este es un asunto grandioso. Dios tiene que asumir una responsabilidad tremenda en este asunto. Este asunto, ciertamente, no es insignificante.

Cuando actuamos en el nombre del Señor, ¿qué resultado trae este nombre? La Biblia muestra que se producen tres cosas cuando actuamos en el nombre del Señor. La primera se relaciona con el hombre, la segunda con el diablo, y la tercera con Dios.

EL EFECTO SOBRE EL HOMBRE

Lucas 24:47 dice: “Y que se proclamase en Su nombre el arrepentimiento para el perdón de pecados a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén”. Hechos 10:43 dice: “De El dan testimonio todos los profetas, de que por Su nombre, todos los que en El creen recibirán perdón de pecados”. En 1 Corintios 6:11 leemos: “Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo, y en el Espíritu de nuestro Dios”. El pasaje más explícito acerca de esto es Hechos 3:2-6: “Y era traído cierto hombre, cojo desde el vientre de su madre, a quien ponían cada día a la puerta del templo que se llama la Hermosa, para que pidiese limosna de los que

entraban en el templo. Este, cuando vio a Pedro y a Juan que iban a entrar en el templo, les rogaba que le diesen limosna. Pedro, con Juan, fijando en él los ojos, le dijo: ¡Míranos! Entonces, él les prestó atención, esperando recibir de ellos algo. Mas Pedro dijo: No poseo plata ni oro, pero lo que tengo, esto te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda". Hermanos y hermanas, ¿saben lo que significa hablarles a otros en el nombre de Jesucristo de Nazaret? Si usted no estuviera apoyado en la base de la muerte, la resurrección y el bautismo, ¿qué habría hecho? Probablemente se habría arrodillado y orado: "Señor, no sé si este hombre cojo debe ser sanado. Muéstranos si este hombre debe ser sanado. Si es así, por favor muéstranos Tu voluntad, y por favor danos desnudo. Si él no debe ser sanado, simplemente nos olvidaremos del asunto". Esto no fue lo que experimentaron los apóstoles. Los apóstoles no tenían la idea de que el nombre del Señor permanecía con El y que ellos tenían que pedirle permiso para actuar. Ellos sabían que el nombre de Jesús de Nazaret era de ellos, les pertenecía y podían usarlo.

¿Qué es la iglesia? La iglesia es un grupo de personas que guardan el nombre del Señor en la tierra. Dios ha llamado hombres a salir de las naciones y a entrar en este nombre. Esto es la iglesia. La iglesia guarda el nombre del Señor en la tierra. Es por esto que la iglesia puede usar el nombre del Señor y aplicarlo a las personas. Podemos decirles a otros, "Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando Su nombre" (Hch. 22:16). Cuando el Señor Jesús estaba en la tierra, le dijo a una mujer: "Hija, tu fe te ha sanado, ve en paz" (Lc. 8:48). En otra ocasión le dijo a un paralítico: "Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados" (Mt. 9:2). Hermanos y hermanas, si estamos firmes sobre la base del bautismo y tenemos la visión y la revelación, sabremos que estamos encargados del nombre del Señor. Cuando predicamos el evangelio, y alguien lo recibe, hasta cierto punto podemos decirle: "Hermano, ve a casa. El Señor Jesús te ha perdonado". No necesitamos esperar que él diga algo; lo podemos declarar salvo.

Debido a que el hombre cojo fue sanado, los gobernantes, ancianos y escribas pusieron a los apóstoles en medio de ellos y les preguntaron: "¿Con qué potestad, o en qué nombre, habéis hecho vosotros esto?" (Hch. 4:7). Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo: "Sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo el nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, en Su nombre está en vuestra presencia sano este hombre". Y añadió: "Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hch. 4:10, 12). Sólo este nombre, este nombre único, puede salvarnos. Podemos usar este nombre y aplicarlo a la gente.

EL EFECTO SOBRE EL DIABLO

No sólo podemos usar este nombre con relación a los hombres, sino también con relación al diablo. Marcos 16:17 dice: “Y estas señales acompañarán a los que creen: En Mi nombre echarán fuera demonios”. ¿Cómo echamos fuera demonios en Su nombre? Hechos 16 narra el encuentro de Pablo con una muchacha poseída por un espíritu. Durante muchos días, ella molestó a Pablo. La Biblia dice: “Turbado Pablo”. Ella se convirtió en una molestia para Pablo. ¿Qué hizo él? No oró, ni hizo muchas cosas. Simplemente se volvió y le dijo al espíritu: “Te mando en el nombre de Jesucristo, que salgas de ella” (v. 18). Con una sola orden el espíritu salió de ella. El nombre del Señor Jesús le fue encomendado a Pablo, y él lo usó. Tenemos que comprender que cuando el nombre del Señor se nos encomienda, ya no se queda en el cielo. Si nuestra condición espiritual es normal, Su nombre estará en nuestras manos. Cuando el asunto fue una molestia para Pablo, éste le ordenó al espíritu que saliera. El no pidió al Señor. Tal vez pensemos que él no actuó de manera espiritual, que obró con cierta independencia, y que no indagó cuál era la voluntad de Dios. Pero cuando Pablo reprendió al espíritu, éste se fue. Lo importante es si vivimos delante de Dios o no, y si estamos cimentados en el terreno apropiado. Si estamos fundamentados en la base correcta, veremos que el nombre del Señor está en nuestras manos. Estar en el nombre del Señor no es una expresión vacía. Nosotros podemos usar el nombre del Señor. Lo podemos usar para realizar la obra y para echar fuera demonios.

En Lucas 10 el Señor envió a los discípulos. El Señor todavía no había ascendido, pero ya actuaba desde la posición de ascensión. Les dijo: “Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo” (v. 18). Cuando los discípulos salieron [a predicar], el Señor Jesús no fue con ellos, pero sí llevaron consigo el nombre del Señor. Más tarde, cuando los discípulos regresaron, le informaron al Señor: “Aun los demonios se nos sujetan en Tu nombre” (v. 17). ¿Por qué los demonios se sujetaban a los discípulos? Porque los discípulos actuaban “en Tu nombre”. Ellos tenían el nombre del Señor en sus manos y, por ende, tenían la autoridad en sus manos. El Señor Jesús dijo: “Os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre todo poder del enemigo” (v. 19). Hermanos y hermanas, ¿hemos visto esto? Con el nombre del Señor, podemos hacer frente a todo poder del enemigo. Dios tiene que abrir nuestros ojos para que veamos que El nos dio el nombre del Señor Jesús. Esto es lo que Dios nos encomendó.

EL EFECTO PARA CON DIOS

Además, el nombre del Señor no se nos ha dado solamente con relación al hombre, para salvarlo y sanarlo, y para tener autoridad sobre los demonios y echarlos fuera del hombre. Aún más grandioso es el hecho de que el nombre del Señor nos

capacita para ir al Padre y hablar con El. Cuando acudimos al Padre de esta manera, El tiene que contestar. Juan 14—16 menciona el nombre del Señor tres veces. Tenemos que decir con reverencia que el Señor Jesús fue sumamente osado. ¿Qué fue lo que dijo? Dijo: “Y todo lo que pidáis en Mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pedís en Mi nombre, Yo lo haré” (14:13-14). ¡Este nombre está por encima de todos los demás! Este es el nombre que toda lengua en el cielo y la tierra y debajo de la tierra debe confesar públicamente como Señor. ¡Este es el nombre delante del cual se doblará toda rodilla! Este nombre es poderoso delante de Dios; Dios honra este nombre. Cuando actuamos en este nombre, Dios honra nuestra acción. El Señor dijo: “No me elegisteis vosotros a Mí, sino que Yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidáis al Padre en Mi nombre, El os lo dé” (15:16). También dijo: “En aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidáis al Padre en Mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en Mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido” (16:23-24). ¿Podemos pensar en otra promesa mayor que ésta?

¿Qué es, entonces, orar en el nombre del Señor Jesús? Orar en el nombre del Señor Jesús es decirle a Dios: “No soy digno de fiar. Soy inútil. Pero oro en el nombre del Señor Jesús”. Supongamos que usted envía con un mensajero una carta a un amigo, en la cual le pide que le devuelva una suma de dinero por medio del mismo mensajero. Cuando su amigo ve la firma, él debe darle el dinero al mensajero. ¿No es así? Su amigo no le preguntaría al mensajero si ha estudiado, o de qué familia viene, ni quiénes son los miembros de su familia, ni qué clase de carácter tiene. Sin duda alguna, él no hará estas preguntas. A él no le interesa saber quién es el mensajero; solamente necesita verificar que la carta tenga la firma de usted. El mensajero ha venido en su nombre, y usted ha puesto su confianza en el mensajero. ¡Aleluya! Estar delante de Dios en el nombre del Señor Jesús equivale a decir que usted no confía en su propio mérito, sino en el mérito del nombre del Señor. Equivale a decir que no depende de lo que usted es o será, sino de lo que es el nombre del Señor. Muchas personas oran con la esperanza de que sus oraciones sean contestadas en el futuro; algunos oran con la esperanza de que sean contestadas dentro de unos cuantos meses o años. Esperan de esta manera porque tienen la intención de mejorar en unos años. Debido a que tienen esperanzas de mejorar, posponen la respuesta a sus oraciones. Pero tenemos que darnos cuenta de que nuestra oración es contestada por causa de Su nombre y no por el nuestro. Tenemos que negarnos completamente a nuestra carne y estar en el nombre del Señor Jesús. Todo lo que tenemos lo obtenemos por medio de El. Nos presentamos delante de Dios por causa de El y no por nosotros mismos; no por nuestra justicia, sino por Su sangre; y no nos basamos en lo que nosotros queremos, sino en lo que El quiere. Estamos aquí en el nombre del Señor.

Hermanos y hermanas, conocer el nombre del Señor Jesús es una revelación y no una doctrina. Vendrá el día cuando Dios abrirá nuestros ojos para que veamos el poder y la grandeza que hay en este nombre, y cuán maravilloso es que Dios nos haya encomendado este nombre. Ya que Dios nos encomendó el nombre de Su Hijo, podemos decir: "Dios, hacemos esto en el nombre de Tu Hijo Jesús". Esto significa: "Dios, Tú crees en nosotros. Tú confías en nosotros. Tú te haces responsable de lo que hagamos". Hermanos y hermanas, puesto que este nombre es puesto en nuestras manos con el propósito de que nos podamos relacionar como corresponde con el hombre, con el diablo y con Dios, debemos comprender que tenemos que vivir de cierto modo para poder usar este nombre. Así que, necesitamos experimentar la cruz cada día. Sólo entonces podremos aplicar este nombre. Hermanos y hermanas, recuerden que la cruz no se puede separar del nombre del Señor. Que la cruz obre profundamente en nosotros hasta que sepamos cómo aplicar este nombre en relación con el hombre y con el diablo, y hasta que sepamos cómo orar al Padre por medio de este nombre. Que el Señor dé a la iglesia un conocimiento profundo de este nombre a fin de que la posición, la autoridad y el poder de este nombre sean recobrados entre nosotros hoy, para que así la iglesia pueda recibir muchas riquezas espirituales por medio de Su nombre.

4

LA ORACION DE AUTORIDAD

Lectura bíblica: Mt. 18:18-19; Mr. 11:23-24; Ef. 1:20-22; 2:6; 6:12-13, 18-19

En la Biblia aparece una oración muy elevada y espiritual, pero muy pocas personas hacen dicha oración, y pocas son las que le prestan atención. ¿Cuál es esta oración? Se trata de “la oración de autoridad”. Sabemos que existe la oración de alabanza, de acción de gracias, de petición y de intercesión. Pero pocos sabemos que existe una oración de autoridad. La oración de autoridad es una oración que ordena y es la oración más crucial y más espiritual que se encuentra en la Biblia. Esta clase de oración constituye una señal y una declaración de autoridad.

Hermanos y hermanas, si desean ser hombres y mujeres de oración tienen que aprender a orar con autoridad. Esta clase de oración la describe el Señor en Mateo 18:18: “Todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo” (Reina-Valera 1960). En este versículo vemos una oración que ata y una oración que desata. La acción del cielo depende de la acción de la tierra. El cielo escucha a la tierra y obedece al mandato de la tierra. Todo lo que la tierra ate será atado en el cielo, y todo lo que la tierra desate será desatado en el cielo. La tierra no ora; sólo ata y desata. Esto es orar con autoridad.

En Isaías 45:11 dice Dios: “Mandadme”. ¿Cómo podemos nosotros mandar a Dios? Esto parecería muy arrogante de nuestra parte, pero son las palabras del propio Dios. No podemos darle lugar a nuestra carne; sin embargo, aquí se nos muestra una oración en la que nosotros ordenamos, una oración en forma de mandato. En lo que a Dios se refiere, podemos mandarle. Todos los que se esfuerzan por aprender a orar deben aprender a orar de esta manera.

Podemos examinar la historia de Exodo 14. Cuando Moisés sacó a los israelitas de Egipto y los trajo al mar Rojo, surgió un problema. Ante ellos estaba el mar Rojo, y detrás estaba el ejército de los egipcios. Se encontraban entre dos peligros. Cuando vieron que los egipcios se acercaban, tuvieron miedo. Por una parte, imploraron al Señor, y por otra, murmuraron contra Moisés. ¿Qué hizo Moisés? Por la respuesta que Dios le dio, sabemos que Moisés estaba clamando. Dios le dijo a Moisés: “¿Por qué clamas a mí? Dí a los hijos de Israel que marchen. Y tú alza tu vara, y extiende tu mano sobre el mar, y divídelo, y entren los hijos de Israel por en medio del mar, en seco” (vs. 15-16). La vara que Dios le dio a Moisés era un símbolo de Su

autoridad. El le estaba diciendo a Moisés que orara con autoridad, que no tenía necesidad de clamar a El. Cuando se ordene o se mande en oración, Dios hará la obra. Moisés estaba aprendiendo, y al fin aprendió, a orar con autoridad, o sea, a orar ordenando.

¿Cuándo tuvo su origen para los cristianos la oración que constituye un mandato?

Esta clase de oración comenzó cuando el Señor ascendió a los cielos. La ascensión está estrechamente relacionada con nuestra vida cristiana. ¿Cómo se relacionan estas dos? La ascensión nos hace victoriosos. La muerte de Cristo puso fin a la vieja creación, la cual estaba en Adán; mientras que la resurrección nos introdujo en la nueva creación. La ascensión nos puso en una nueva posición ante Satanás, mas no nos dio una nueva posición ante Dios. Fue la resurrección del Señor la que nos confirió una nueva posición ante Dios, pero Su ascensión fue la que nos puso en una nueva posición ante Satanás. Efesios 1:20-22 dice que cuando Cristo ascendió, Dios lo hizo sentar a Su diestra y lo puso, “por encima de todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero”. Además, Dios “sometió todas las cosas bajo Sus pies”. Cuando Cristo ascendió, abrió un camino a los lugares celestiales al atravesar “los aires”. Desde entonces, Su iglesia ha podido ir de la tierra a los lugares celestiales. Sabemos que las huestes espirituales moran en “el aire”. Pero Cristo ya ascendió a los lugares celestiales. Se ha abierto un camino que va de la tierra a los lugares celestiales. Antes este camino estaba bloqueado por Satanás. Cristo ha abierto un camino a los lugares celestiales y ha trascendido por encima de todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero. Esta es la posición de Cristo hoy. En otras palabras, Dios ha puesto a Satanás y sus súbditos bajo los pies de Cristo; todas las cosas están bajo Sus pies.

Existe una diferencia entre el significado de la ascensión y el de la muerte y la resurrección. La muerte y la resurrección realizan la redención, mientras que la ascensión declara una guerra que pone en vigencia lo que lograron la muerte y la resurrección. La ascensión hace posible que se manifieste una nueva posición. Damos gracias al Señor porque Efesios 2:6 dice que Dios “nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús”. Hermanos y hermanas, ¿hemos visto lo que Dios ha hecho por nosotros? En el capítulo uno de Efesios, Cristo ascendió para estar por encima de todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero. En el capítulo dos nosotros estamos sentados juntamente con El en los lugares celestiales. Esto quiere decir que la iglesia también está por encima de todo principado y autoridad y poder y señorío, y todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero. Agradecemos a Dios porque esto es un

hecho. Así como el Señor ascendió sobre todos los enemigos espirituales, la iglesia también ha ascendido sobre todas las huestes espirituales. Del mismo modo que todos los enemigos espirituales han sido vencidos por la ascensión del Señor, asimismo la iglesia los ha vencido al estar unida a Cristo en Su ascensión. Por consiguiente, todos los enemigos espirituales están bajo los pies de la iglesia.

Necesitamos prestar atención a Efesios 1, 2 y 6. El capítulo uno nos muestra la posición de Cristo; el capítulo dos habla de la posición de la iglesia en Cristo; y el capítulo seis presenta lo que la iglesia debe hacer después de haber adquirido su posición en Cristo. El capítulo uno habla de Cristo en los lugares celestiales; el capítulo dos, de la iglesia en los lugares celestiales juntamente con Cristo; y el capítulo seis, de la guerra espiritual. Dios hizo que la iglesia se sentase juntamente con Cristo en los lugares celestiales. Pero la iglesia no se sienta ahí para siempre, pues Dios también la hace ponerse en pie y estar firme. Esta es la razón por la cual el capítulo dos menciona el hecho de estar sentados, mientras que el capítulo seis habla de estar firmes, de pie, en nuestra posición en los lugares celestiales. “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores del mundo de estas tinieblas, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes ... y habiendo acabado todo, estar firmes” (Ef. 6:12-13). Nuestra guerra se libra en contra de los demonios; es una guerra espiritual.

Efesios 6:18-19 dice: “Con toda oración y petición orando en todo tiempo en el espíritu, y para ello velando con toda perseverancia y petición por todos los santos; y por mí”. Esta oración se relaciona con la guerra espiritual. Esta clase de oración difiere de la oración común. La oración común va de la tierra al cielo. Pero la oración de la cual hablamos no va de la tierra al cielo, sino que se origina desde una posición celestial y va del cielo a la tierra. La oración de autoridad tiene al cielo como punto de partida y la tierra como destino. En otras palabras, la oración de autoridad parte del cielo y se dirige a la tierra. Todos los que saben orar entienden lo que significa dirigir la oración hacia arriba y dirigirla hacia abajo. Si una persona nunca ha conocido la oración que se dirige hacia abajo, no ha aprendido a orar con autoridad. En la guerra espiritual, la clase de oración que apunta hacia abajo es muy importante. ¿En qué consiste la oración que se dirige hacia abajo? Consiste en estar firmes en la posición que Cristo nos ha dado en los lugares celestiales, para que demos órdenes a Satanás con autoridad y rechacemos todas sus obras, y para que proclamemos con autoridad que todos los mandamientos de Dios deben cumplirse. Si oramos pidiendo que se haga la voluntad de Dios y pidiendo una decisión al respecto, no debemos decir: “Dios, te pedimos que hagas esto”, sino: “Dios, tienes que hacer esto. Tienes que obrar. Pase lo que pase, tienes que realizar esta obra”. Esta es una oración que ordena, una oración hecha con autoridad.

El significado de la palabra *amén* no es simplemente “así sea”, sino “así será” y “ciertamente acontecerá”. Cuando usted ora y yo digo amén, estoy diciendo que las cosas acontecerán de acuerdo a la oración que usted hizo, que los eventos sucederán de esa manera y que su oración será contestada. Esta es una oración que ordena. La oración que manda procede de la fe. Podemos decir esto porque tenemos una posición celestial. Cuando Cristo ascendió a los lugares celestiales, nosotros fuimos llevados a una posición celestial. Cuando Cristo ascendió a los cielos, nosotros ascendimos con El. Esto es lo mismo que decir que cuando Cristo murió y resucitó, nosotros morimos y resucitamos. Hermanos y hermanas, necesitamos ver la posición celestial de la iglesia. Satanás comienza su obra tratando de quitarnos nuestra posición en los lugares celestiales. La posición celestial es una posición de victoria. Mientras estemos firmes en esa posición, tendremos la victoria. Si Satanás tiene éxito en sacarnos de los lugares celestiales, seremos derrotados. La victoria equivale a permanecer firmes continuamente en la posición celestial de victoria. Satanás nos dirá que estamos en la tierra. Si asentimos a su sugerencia, seremos derrotados. Satanás intentará inutilizarnos valiéndose de nuestra derrota y nos hará pensar que verdaderamente estamos en la tierra. Pero nosotros venceremos si permanecemos firmes y declaramos: “Cristo está en los lugares celestiales, y nosotros también estamos en los lugares celestiales” aferrándonos a nuestra posición. Por lo tanto, permanecer firmes en la debida posición es importantísimo.

El fundamento de una oración de autoridad es su posición en los lugares celestiales. Puesto que la iglesia está en los lugares celestiales juntamente con Cristo, puede orar con autoridad.

¿Qué es orar con autoridad? En términos sencillos, es hacer la oración de Marcos 11. A fin de entender con claridad esta verdad, debemos examinar detenidamente los versículos 23 y 24. El versículo 24 comienza con las palabras: “Por tanto”, lo cual indica que esta oración es continuación de lo que se dijo antes; es decir, el versículo 24 está unido al 23. El versículo 24 habla de la oración. Esto prueba que el versículo 23 también se refiere a la oración. Lo extraño aquí es que el versículo 23 no parece una oración común. El Señor no nos dijo que oráramos: “Dios, por favor quita este monte y échalo en el mar”. ¿Qué es lo que dice? Dice: “Cualquiera que diga a este monte: Quítate y échate en el mar”. Según nosotros, ¿cómo debe ser una oración? Pensamos que cuando oramos a Dios, debemos decir: “Dios, por favor quita este monte y échalo en el mar”. Pero el Señor dijo algo diferente. El no dijo que nos dirigiéramos a Dios, sino que le habláramos al monte. No es a Dios a quien le hablamos sino al monte directamente, diciéndole que se eche al mar. Puesto que el Señor sabía que muy posiblemente no consideraríamos ésta como una oración, expresa en el versículo siguiente que en realidad sí es una oración. Aunque esta

oración no está dirigida a Dios, es en efecto una oración. Es una declaración dirigida al monte, que le dice: “Quítate y échate en el mar”. Aún así, también es una oración. Es una oración con autoridad. Una oración con autoridad no le pide a Dios que haga algo, sino que ejerce la autoridad de Dios y la aplica a la solución de los problemas y a las cosas que deben ser eliminadas. Todos los vencedores tienen que aprender a hacer esta clase de oración; tienen que aprender a hablarle al monte.

Tenemos muchas debilidades, tales como nuestro mal genio, nuestros malos pensamientos o enfermedades físicas. Si le pedimos a Dios con respecto a ellos, parece que no hay mucho resultado. Pero si ejercemos la autoridad de Dios en la situación y le hablamos al monte, los problemas se irán. ¿Cuál es el significado de la palabra “monte” en este versículo? Un monte es un problema que se nos presenta en el camino. Un monte es algo que bloquea el camino y nos impide avanzar. Si vemos un monte, ¿qué haremos? Muchas personas cuando encuentran un monte en su vida o en su trabajo, oran a Dios para pedirle que quite ese monte. Pero Dios nos dice que le hablemos al monte. Todo lo que debemos hacer es darle una orden al monte: “Quítate y échate en el mar”. Existe una gran diferencia entre pedirle a Dios que quite el monte y ordenarle al monte que se quite. Acudir a Dios y pedirle que haga algo es una cosa; ordenarle directamente al monte que se eche al mar es otra. Muchas veces pasamos por alto esta clase de oración. Muy de vez en cuando oramos aplicando la autoridad de Dios al problema o diciendo: “Te ordeno en el nombre de mi Señor que te marches”. O: “No toleraré más que esto permanezca en mí”. Una oración con autoridad es una oración en la que les decimos a los obstáculos que desaparezcan. Podemos decirle a nuestro mal genio: “Apártate de mí”. Podemos decirle a la enfermedad: “Aléjate de mí. Me levantaré por la vida de resurrección del Señor”. Estas palabras no se dirigen a Dios sino al monte. “Quítate y échate en el mar”. Esta es una oración de autoridad.

¿Como puede la iglesia hacer la oración de autoridad? Teniendo una fe completa, no dudando y entendiendo claramente que lo que hacemos concuerda plenamente con la voluntad de Dios. Cuando no entendemos con claridad la voluntad de Dios, no tenemos fe. De modo que, antes de hacer cualquier cosa, tenemos que ver claramente si lo que estamos a punto de hacer está de acuerdo con la voluntad de Dios. Si no es la voluntad de Dios, no podremos tener fe. Si no estamos seguros de que algo es la voluntad de Dios, no estaremos seguros de que se puede lograr. A fin de no tener dudas acerca de su cumplimiento, debemos estar libres de dudas de que aquello es la voluntad de Dios. Cuando hablamos al monte descuidadamente, no hay resultados, porque no conocemos la voluntad de Dios. Pero si no tenemos dudas y entendemos claramente la voluntad de Dios, podemos decirle osadamente al monte: “Quítate y échate en el mar”, y será hecho. Dios nos ha dado la comisión de que demos la orden. Ordenamos que se haga lo que Dios ya mandó, y damos la

órdenes que Dios ya determinó. Esta es una oración de autoridad. Una oración de autoridad no consiste en pedirle a Dios directamente, sino en confrontar los problemas aplicando directamente la autoridad de Dios. Todos nosotros nos encontramos con montes. Por supuesto, no todos estos montes son del mismo tamaño. Puede ser que nuestro monte sea esto o aquello. Pero a cualquier cosa que nos estorbe en nuestra senda espiritual, podemos mandarle que se aparte. Esto es orar con autoridad.

La oración de autoridad tiene una estrecha relación con los vencedores. Si un cristiano desconoce esto, no puede ser vencedor. Debemos recordar que Dios y el Señor Jesús están en el trono, mientras que el enemigo está debajo del trono. Sólo la oración puede activar el poder de Dios. Es por esto que la oración es indispensable. Si uno no ora, no puede vencer. Sólo después de aprender a orar con autoridad, uno sabrá lo que es la oración. La obra más importante de los vencedores es traer a la tierra la autoridad del trono. Hoy existe un trono, el trono de Dios, el cual gobierna y está muy por encima de todo. A fin de participar de esta autoridad, uno tiene que orar. Por tanto, la oración es muy necesaria. Quienes pueden mover el trono, pueden mover cualquier cosa. Debemos ver que la ascensión de Cristo lo puso por encima de todas las cosas, y debemos ver que todas las cosas están bajo Sus pies. Es por esto que nosotros podemos gobernar sobre todas las cosas con la autoridad del trono. Tenemos que aprender a orar con autoridad.

¿Cómo se pone en práctica la oración de autoridad? Permítanme mencionar algunos asuntos pequeños. Supongan que un hermano ha hecho algo erróneo, y usted quiere exhortarlo. El problema radica en que usted teme que él no le hará caso. Usted se siente algo inseguro porque no sabe si lo escuchará o no. Teme que el asunto no sea sencillo. Pero si ora con autoridad, sabrá gobernar sobre la situación. Usted puede orar así: “Señor, no puedo ir al hermano. Por favor haz que él venga”. Si usted se mantiene firme en la posición que usted tiene en el trono, muy pronto él vendrá personalmente a usted y le dirá: “Hermano, hay algo que no tengo muy claro. Por favor dígame qué debo hacer”. Entonces usted podrá hablarle. Esto es orar con autoridad. Es no hacer nada por esfuerzo propio, sino hacerlo todo por medio del trono. Orar con autoridad no es pedirle a Dios que obre en contra de Su voluntad, sino saber cómo se ha de llevar a cabo algo e informarle a Dios lo que sabemos. Cuando esto sucede, Dios realiza la obra.

Una oración de autoridad no sólo gobierna a la gente sino también el clima. Müller tuvo tal experiencia. Una vez él iba en barco rumbo a Quebec, y el barco se encontró con una neblina espesa. Le dijo al capitán del barco: “Capitán, necesito llegar a Quebec el sábado por la tarde”. El capitán le dijo: “Eso es imposible”. Müller le respondió: “Si su barco no puede llevarme ahí a tiempo, Dios tiene otras

maneras de llevarme”. Se arrodilló e hizo una oración muy sencilla. Luego le dijo al capitán: “Capitán, abra la puerta y verá que ya se fue la neblina”. Cuando el capitán se puso de pie, la neblina se había esfumado. El pudo llegar a Quebec según lo previsto. Esto es orar con autoridad.

Si Dios ha de tener un grupo de vencedores, la guerra tiene que librarse en la oración. No sólo tenemos que guerrear contra Satanás cuando afrontamos problemas, sino que también debemos gobernar por medio del trono cuando los problemas se levantan en nuestras circunstancias. Una persona no puede vencer sin ser un guerrero de oración. Si alguien quiere ser un vencedor, tiene que aprender a orar con autoridad.

La iglesia puede gobernar el Hades cuando ora con autoridad. Puesto que Cristo ya subió por encima de todo y es la Cabeza de la iglesia, ésta puede regir sobre los demonios y todo lo que pertenezca a Satanás. Si la iglesia no tuviera la autoridad de gobernar sobre los demonios y si el Señor no le hubiera dado esta autoridad, ella no podría ni siquiera sobrevivir en la tierra. La iglesia sobrevive en la tierra porque tiene la autoridad de gobernar sobre todo lo que sea satánico. Toda persona espiritual sabe que puede vencer los espíritus malignos con su oración. Podemos echar fuera demonios en el nombre del Señor y podemos refrenar las actividades secretas de los espíritus malignos. Satanás es muy astuto. No sólo toma posesión del cuerpo humano usando a los espíritus malignos, sino que también realiza muchas actividades secretas. A veces él obra en la mente de la persona y le inyecta pensamientos indeseables, como por ejemplo la sospecha, el temor, la incredulidad, el desánimo, las imaginaciones y las distorsiones, por medio de los cuales engaña al hombre. A veces distorsiona las palabras de una persona y las convierte en una idea diferente, para luego inyectarla en la mente de otra. De esta manera, él cumple su objetivo de causar malentendidos y provocar tormentas. En consecuencia, tenemos que subyugar todas las actividades de los espíritus malignos con la oración. En nuestras reuniones, nuestra oración o nuestra conversación, primero tenemos que orar: “Señor, ahuyenta todos los espíritus malignos y no les permitas hacer nada aquí”. De hecho, los espíritus malignos están bajo los pies de la iglesia. Si la iglesia ejerce la autoridad al orar, verá que verdaderamente los espíritus malignos se someten bajo sus pies. La oración de autoridad difiere de las peticiones comunes; es un mandato que se basa en la autoridad. Una oración de autoridad es una oración que da órdenes. Dicha oración declara: “Señor, estoy dispuesto”; “Señor, no estoy dispuesto”; “Señor, quiero esto”; “Señor, no quiero aquello”; “Señor, estoy decidido a obtener esto, y no permitiré que aquello suceda”; o “Señor, sólo quiero que se haga Tu voluntad y nada más”. Cuando ejercemos la autoridad de esta manera, percibimos que nuestra oración da en el blanco. Si más personas comienzan a orar de esta manera, muchos problemas

de la iglesia se solucionarán fácilmente. Debemos ejercer dominio y manejarlo todo en la iglesia mediante la oración.

Necesitamos ver que Cristo ya ascendió. Si El no hubiera ascendido, no habría adonde acudir. Cristo es Cabeza sobre todas las cosas, y todas las cosas están sometidas a El. El es dado como Cabeza sobre todas las cosas a la iglesia. El es la Cabeza de todas las cosas por el bien de la iglesia. Esta es la razón por la cual todas las cosas están bajo la iglesia. Esto es algo a lo que debemos prestarle mucha atención.

La oración de autoridad tiene dos aspectos: atar y desatar. Lo que es atado en la tierra será atado en el cielo, y lo que es desatado en la tierra será desatado en el cielo. Mateo 18:18 nos dice que todo lo que la tierra hace, lo hará también el cielo. En el versículo 19 se menciona la oración. Por tanto, se ata y se desata mediante la oración. Tanto la oración que ata como la oración que desata son oraciones de autoridad. Las oraciones comunes son oraciones en las que se le pide a Dios que ate o que desate. Las oraciones de autoridad son aquellas en las que nosotros atamos y desatamos al ejercer autoridad. Dios ata porque la iglesia ya ha atado, y desata porque la iglesia ya ha desatado. Dios le dio esta autoridad a la iglesia. Cuando ella dice algo ejerciendo esta autoridad, Dios lo hace.

Examinemos primero la oración que ata. Muchas personas y muchas cosas deben ser atadas. Un hermano es muy locuaz y necesita ser atado. Usted puede acudir a Dios y orar así: “Dios, no permitas que este hermano hable tanto. Atalo, y no le permitas seguir actuando así”. Cuando usted lo ate de esta manera, Dios lo atará en el cielo y refrenará su lengua. En ocasiones puede ser que alguien lo interrumpa en su oración o en su lectura de la Palabra; tal vez su cónyuge, sus hijos o sus amigos le interrumpan constantemente. Usted podría utilizar la oración que ata con relación a tales personas. Puede decirle a Dios: “Dios, ata a esta persona y no permitas que me interrumpa”. Algunos hermanos hablan inoportunamente, pero nosotros tenemos que atar también a aquellos que citan versículos que no tienen coherencia [con lo que se está diciendo] y que piden que se canten himnos que no son los más apropiados [en ese momento]. Tales personas deben ser atadas. Usted puede decir: “Señor, fulano de tal siempre causa problemas. No permitas que lo siga haciendo”. Al atar a la persona de este modo, usted verá que también Dios la atará. A veces hay personas que perturban la reunión; tal vez hablando, llorando o saliendo y entrando. Ustedes se encuentran con tales cosas frecuentemente. Además, da la impresión de que siempre son las mismas personas las que perturban. Usted tiene que atar a tales personas y sus acciones. Usted puede decir: “Dios, notamos que tales personas siempre perturban la reunión. Atalas y no les permitas que sigan perturbando”. Descubrirá que cuando dos o tres aten en la tierra, Dios atará en el cielo. No sólo tenemos que atar las muchas interrupciones,

sino también las muchas obras de los demonios. Cada vez que usted predica el evangelio o le testifica a alguien, los demonios obran en la mente humana, susurrando innumerables cosas y poniendo pensamientos opuestos. En estos casos, la iglesia tiene que atar a los espíritus malignos, impedirles hablar y prohibirles que actúen. Usted puede decir: “Señor, ata todas las obras de los espíritus malignos”. Si usted ata en la tierra, el asunto será atado en el cielo. Muchas cosas necesitan ser atadas. Muchos aspectos de nuestra vida personal, de la iglesia, de nuestra vida diaria y de nuestro trabajo deben ser atadas.

La otra clase de oración es la oración que desata. ¿Qué es lo que desatamos? Algunos hermanos se retraen y temen abrir su boca para testificar o saludar a otras personas en las reuniones. Tenemos que pedirle a Dios que desate a estos hermanos para que puedan ser libres de sus ataduras. A veces debemos darles alguna exhortación. Pero en muchas ocasiones, no hay necesidad de decirles nada; todo lo que tenemos que hacer es ir al trono y permitir que éste tome control de ellos. Muchas personas deben abandonar sus trabajos para servir al Señor. Están atadas por sus trabajos o por otros asuntos. Algunos están atados por sus familiares o por esposas inconversas. Algunos están atados por circunstancias. Existe toda clase de ataduras. Nosotros podemos orar al Señor que los desate para que tengan la libertad de testificar. Hermanos y hermanas, ¿ven ustedes cuán necesaria es la oración de autoridad? ¿Se dan cuenta de cuán necesario es ofrecer a Dios las oraciones de autoridad? A veces tenemos que desatar los asuntos monetarios mediante nuestra oración. Satanás puede atar fácilmente la cartera del hombre. Algunas veces tenemos que pedirle a Dios que desate los fondos a fin de que Su obra no sufra por falta de dinero. Tenemos que pedirle a Dios que nos libere en muchas cosas. Además, la verdad también necesita ser desatada. Frecuentemente debemos decirle al Señor: “Señor, desata Tu verdad”. Muchas verdades están atadas y no pueden ser enunciadas. Muchas verdades nunca se han oído, y si se han oído, no se han entendido. Por consiguiente, debemos pedirle a Dios que desate Su verdad, a fin de que Su verdad pueda extenderse y Sus hijos la puedan recibir. En muchos lugares la verdad no puede penetrar, y en muchos otros no hay posibilidad de que los hombres la reciban. Tenemos que pedirle a Dios que difunda Su verdad y haga libres a muchas iglesias que están atadas, a fin de que en muchos lugares donde parece imposible que se recibiera la verdad, se pueda recibir. En muchos lugares no hay forma de comunicar la verdad. Pero el Señor puede hacerlo. Cuando oramos con autoridad, el Señor envía la verdad allí. Debemos recordar que muchas cosas necesitan ser desatadas por medio de oraciones de autoridad.

Necesitamos prestar especial atención a la oración que ata y a la oración que desata. Hay muchas cosas que debemos atar y muchas que debemos desatar. No se

trata de pedir, sino de atar y de desatar con autoridad. Que Dios nos conceda Su gracia para que todos nosotros podamos aprender a orar con autoridad. No sólo tenemos que aprender a orar, sino también a conocer la victoria de Cristo. Tenemos que desatar apoyándonos en la victoria de Cristo, y tenemos que atar de la misma manera. Tenemos que atar todo lo que sea contrario a la voluntad de Dios. Orar con autoridad equivale a que el cielo gobierne en la tierra y a que la tierra ejerza la autoridad celestial. Todos nosotros somos hombres celestiales, y como tales, tenemos la autoridad del cielo. En la actualidad no somos más que peregrinos en la tierra. Todo aquel que es portador del nombre del Señor es Su representante en la tierra. Somos los mensajeros de Dios. Tenemos Su vida y hemos sido trasladados del reino de la tinieblas al reino del Hijo de Su amor. Es por esto que tenemos la autoridad celestial. Dondequiera que vayamos, podemos ejercer nuestra autoridad celestial. Podemos gobernar sobre la tierra desde el cielo. Que Dios nos conceda Su gracia. Ojalá que todos nosotros seamos guerreros de oración para el Señor y que todos seamos vencedores por medio de la autoridad de Cristo a fin de que la victoria de Cristo pueda ser manifestada.

Finalmente, quisiera hacer una advertencia solemne: tenemos que someternos a la autoridad de Dios. Si no lo hacemos, no podremos orar con autoridad. No sólo tenemos que someternos a la autoridad de Dios con respecto a Su posición, sino que también tenemos que someternos a Su autoridad con respecto a nuestra vida diaria y a todos los asuntos prácticos. Si no hacemos esto, no podremos orar con autoridad. Hubo un hermano joven que estaba echando fuera un demonio de una muchacha. El demonio le dijo a la joven que se desvistiera. El hermano mandó al demonio con autoridad, diciéndole: “Te ordeno en el nombre de Jesús que no te desvistas”. El demonio inmediatamente dijo: “Está bien, si no me permites desvestirme, no lo haré”. Si aquel hermano no hubiese tenido victoria en su vida diaria, habría sido derrotado ante el demonio. En tal caso, el demonio no sólo habría pasado por alto su mandato, sino que también habría puesto de manifiesto sus pecados. Hermanos y hermanas, sabemos que toda la creación estaba originalmente bajo el dominio del hombre. Pero en el presente la creación desobedece al hombre porque el hombre no obedece la palabra de Dios. El león mató al hombre de Dios porque él no obedeció la palabra de Dios (1 R. 13:20-25). Daniel no fue devorado cuando fue lanzado al foso de los leones, porque era inocente delante de Dios y no había hecho daño delante del rey. Es por esto que Dios envió a Su ángel a cerrar la boca de los leones (Dn. 6:22). La víbora venenosa no pudo hacerle daño a Pablo, el siervo fiel de Dios (Hch. 28:3-6), pero los gusanos devoraron al orgulloso Herodes (12:23). Hermanos y hermanas, si nos sometemos a la autoridad de Dios, los demonios nos temerán y se someterán a nuestra autoridad.

La Biblia nos muestra la relación que existe entre la oración, el ayuno y la autoridad. La oración indica que buscamos a Dios, mientras que el ayuno indica que nos negamos a nosotros mismos. El primer derecho que Dios le dio al hombre fue el de comer. Lo primero que Dios le dio a Adán fue alimento. Ayunar es renunciar al derecho legítimo que uno tiene. Muchos cristianos sólo ayunan, pero no se niegan a sí mismos. En tal caso, su ayuno no puede considerarse ayuno. Los fariseos ayunaban por una parte, y por otra extorsionaban (Mt. 23:25). Si ellos hubieran ayunando en realidad, habrían devuelto lo que habían quitado a los demás. Orar es buscar a Dios, mientras que ayunar es negar el yo. Tenemos que buscar a Dios y negar el yo al mismo tiempo. Cuando seguimos a Dios y al mismo tiempo nos negamos a nosotros mismos, inmediatamente surge la fe. Cuando tenemos fe, tenemos autoridad para ordenarles a los demonios que se marchen. Hermanos y hermanas, si vamos en pos de Dios y no nos negamos a nosotros mismos, no tenemos ni fe ni autoridad. Pero si vamos en pos de Dios y negamos nuestro yo, inmediatamente tendremos fe y autoridad, y podremos ofrecer oraciones de fe y de autoridad. Hermanos y hermanas, las oraciones más importantes y más espirituales son las oraciones de autoridad.

5

VELAD Y ORAD

“Con toda oración y petición orando en todo tiempo en el espíritu, y para ello velando con toda perseverancia y petición por todos los santos” (Ef. 6:18). En este versículo debemos prestar particular atención a la expresión “y para ello velando”. ¿A que se refiere la expresión “para ello”? Al leer el contexto vemos que se refiere a la oración y la petición. El apóstol dijo que no es suficiente orar en todo tiempo con toda oración y petición; también tenemos que velar en la oración y la petición. Por una parte tenemos que orar, y por otra, tenemos que velar. ¿Qué significa velar? Significa estar despierto, examinar y mantener los ojos abiertos en vigilia. Velar es estar alerta para prevenir cualquier peligro o emergencia. Velar en oración y petición es tener perspicacia espiritual para discernir las estrategias de Satanás y exponer sus intenciones y sus métodos. Mencionaremos específicamente algunas cosas en las que tenemos que velar con respecto a la oración y petición.

La oración es una especie de servicio y se le debe dar la más alta prioridad. Pero la estrategia de Satanás es anteponer todo lo relacionado con el Señor a la oración y hacer que la oración sea el asunto de menos importancia. A pesar de que una y otra vez se nos ha recordado la importancia de este asunto, son pocos los que prestan atención a la oración. Muchos se entusiasman por asistir a las reuniones de predicación, estudios bíblicos y otras reuniones cristianas. Se interesan por dichas reuniones y apartan tiempo para ellas. Pero cuando hay una reunión de oración, la asistencia es sorprendentemente baja. A pesar de los muchos sermones que nos recuerdan que nuestro servicio principal es la oración y que si fallamos en nuestra vida de oración, todo lo demás fallará, aún así, descuidamos la oración y la consideramos algo secundario. A pesar de que los problemas siguen creciendo y reconocemos de palabra que la oración es la única manera de resolverlos, hablamos más de lo que oramos, y nos afanamos y acudimos a los métodos más de lo que oramos. En breve, ponemos todo antes de la oración; todo es importante. La oración siempre es puesta al último y considerada lo menos importante. Un hermano que conocía profundamente al Señor dijo en cierta ocasión: “Todos hemos cometido el pecado de ser negligentes con respecto a la oración. Todos debemos decirnos a nosotros mismos: ¡Yo soy ese hombre negligente!” ¡Indudablemente todos debemos decirnos a nosotros mismos que somos ese hombre! No podemos culpar a otros por no orar. Nosotros mismos tenemos que arrepentirnos. Necesitamos que el Señor abra nuestros ojos para que veamos nuevamente la importancia y valor de la oración. Al mismo tiempo, tenemos que

reconocer que si no hubiéramos sido engañados por Satanás, no habríamos sido tan negligentes acerca de la oración. Por tanto, tenemos que velar, descubrir las estratagemas de Satanás y detectar sus ardidés. No debemos permitir que nos relaje y nos ciegue.

Al entender la importancia de la oración y después de habernos consagrado para servir y laborar en oración, los ataques de Satanás nos sobrevendrán uno tras otro. Nos veremos en una situación en la que pensaremos que no tenemos tiempo para orar. Mientras intentamos orar, alguien tocará a la puerta o vendrá a visitarnos; posiblemente los adultos estarán discutiendo o los niños molestando. Tal vez alguien estará enfermo o alguien tendrá un accidente. Antes de decidirnos a orar, todo está en paz. Pero en el momento en que queremos tener un tiempo dedicado a la oración, surgen repentinamente muchos asuntos. Nos invadirán muchas cosas inesperadas e imprevistas como una emboscada tendida por un ejército. Innumerables problemas vendrán para impedirnos orar. Muchas cosas vendrán a nosotros para tratar de consumir nuestro tiempo de oración. ¿Ocurren todas estas cosas por casualidad? No, no ocurren accidentalmente. Son planeadas y arregladas estratégicamente por Satanás para que no oremos. El puede incitarnos a hacer muchas cosas, pero tratará de hacer que suprimamos nuestro tiempo de oración. El sabe que si la obra espiritual no está fundada en la oración, carecerá de valor y su resultado será fracaso. De manera que su estrategia consiste en mantenernos ocupados en otras cosas para que desatendamos la oración. Estamos ocupados en el trabajo, la visitación, la hospitalidad y en la preparación de sermones. Estamos ocupados por la mañana y por la noche, a tal grado que la oración se relega a un segundo plano, y no nos queda tiempo para orar.

Permítanme citar de nuevo las palabras de aquel hermano que conocía íntimamente al Señor.

Cuando los hijos de Israel se disponían a salir de Egipto, la reacción de Faraón fue añadir más carga a su trabajo. La meta de Faraón era hacer que prestaran más atención, toda su atención, a su trabajo, de tal modo que no tuvieran tiempo de pensar en salir de Egipto. Después que uno decide tener una vida de oración mas abundante o hace planes al respecto, Satanás comienza una nueva estrategia: hace que usted esté mas ocupado y apila más trabajo y más necesidades sobre usted, de modo que usted no tendrá oportunidad de orar. Queridos hermanos, tenemos que resolver este problema de una vez por todas. Por supuesto, al luchar por apartar un tiempo dedicado a la oración, es posible que surjan argumentos con respecto a nuestras responsabilidades, nuestro trabajo y nuestras obligaciones. Algunas personas considerarán

que al dedicarnos a la oración podríamos descuidar nuestras obligaciones, abandonar nuestro deber y hacer a un lado nuestras responsabilidades. Pero al enfrentar tales situaciones, debemos presentar todos estos problemas, o sea, nuestras obligaciones, nuestro deber y nuestras responsabilidades, al Señor y orar al respecto. (Sin embargo, no es fácil aplicar esta clase de oración a todo creyente. Más aún, estas palabras tienden a ser mal entendidas puesto que algunas personas se complacen en abandonar sus responsabilidades, no tomándolas en serio. Con todo gusto y liviandad delegarán sus responsabilidades familiares con el pretexto de tener más tiempo para orar. Que el Señor proteja nuestras palabras de modo que no causen malos entendidos.) Tengamos presente que el enemigo intenta usar la responsabilidad, las obligaciones y otros asuntos que se relacionan con nuestra conciencia, para crear el mejor argumento a fin de que dejemos de orar. Si descubrimos que nuestra vida de oración ha sido anulada por completo o ha quedado en un lugar tan confinado que quedamos imposibilitados de llevar una vida espiritual, trascendente y victoriosa, debemos orar al Señor, diciendo: “Señor, mientras oro, te encomiendo a Ti mis responsabilidades. No permitas que nada me estorbe ni arruine mi tiempo de oración. Por favor, protege este tiempo de oración porque es durante tal tiempo que contemplo Tu gloria, y no permitas que Satanás se entrometa en este tiempo”. También podemos aplicar el principio del diezmo a la oración. Después de haber ofrecido a Dios la porción y la posición que le pertenecen y de haberle dado el diezmo, descubriremos que podemos usar con más eficacia los otros nueve décimos, que cuando intentábamos usar todo nuestro tiempo para nosotros mismos antes de dar el diezmo al Señor. El principio del diezmo es muy eficaz. Sin embargo, debemos estar conscientes de la guerra que suscita la oración. Debemos mantenernos fuertes, llenos de poder y firmes sobre nuestra posición en Cristo y debemos orar en conformidad con la victoria de la cruz. Debemos luchar por la oración aplicando la victoria completa que el Señor obtuvo en la cruz y eliminar todo estorbo que el enemigo pueda traer en la oración, a fin de poder mantener nuestra posición de oración. Esto se puede comparar con lo que hizo Sama, uno de los hombres poderosos de David, quien se paró firme en medio de un pequeño terreno lleno de lentejas, lo defendió y mató a los filisteos, y el Señor dio una gran victoria (2 S. 23:11-12). Este pequeño terreno de lentejas representa nuestra posición en la oración, el

cual debe ser protegido de la intrusión del enemigo mediante la victoria del Gólgota. La batalla que conduce a la oración es la batalla por orar. Me temo que muchas veces aceptamos las circunstancias como argumentos válidos y creemos que es imposible orar en ciertos momentos. Puesto que algunas cosas acontecen y se desarrollan de cierta manera, pensamos que no podemos orar en ese momento. Indudablemente, si damos lugar al diablo, las cosas siempre nos restringirán para que no oremos. Esta es la estrategia del diablo. Tenemos que quitar todos los obstáculos del campo de batalla de la oración en el nombre del Señor y en conformidad con la victoria que obtuvo en la cruz. La cruz puede proporcionarnos tiempo para orar eficazmente, así como es eficaz en otras áreas, siempre que sepamos aplicar el poder de Su victoria.

Estas palabras nos pueden servir como recordatorio y advertencia. Hermanos y hermanas, tenemos que pelear por el tiempo de oración, y tenemos que asegurar un tiempo de oración. Si esperamos hasta tener tiempo para orar, nunca tendremos la oportunidad de hacerlo. Debemos apartar un tiempo específico para orar. Andrés Murray dijo: “Aquellos que no tienen un tiempo fijo para orar, no oran”. Así que, tenemos que velar y dedicar un tiempo a la oración. También tenemos que proteger este tiempo de oración por medio de la oración misma, a fin de que no nos sea usurpado por el engaño del diablo.

No sólo debemos velar en cuanto a mantener el tiempo reservado para la oración, sino también durante la oración misma, a fin de poder orar verdaderamente y tener motivos específicos por los cuales orar. Satanás nos asediará no sólo utilizando toda clase de asuntos y circunstancias que nos arrinconan dejándonos sin tiempo para orar, sino que aún después de que nos hemos arrodillado utilizará toda clase de engaño para que no oremos. Es posible que nuestra mente esté despejada y nuestros pensamientos se concentren antes de empezar a orar, pero tan pronto nos arrodillamos, nuestros pensamientos se vuelven confusos. Comenzamos a recordar cosas que no necesitamos recordar y a pensar en cosas en las que no necesitamos gastar tiempo de antemano; muchos pensamientos innecesarios repentinamente lo bombardean a uno. Todo esto estaba ausente antes de que empezáramos a orar. Pero tan pronto comenzamos a orar, vienen distracciones. Exteriormente todo parece estar en paz, y tal parece que nada nos alarma, pero tan pronto como nos arrodillamos a orar, comenzamos a oír voces. En realidad, esos sonidos ajenos no vienen de afuera, sino que se introducen de manera extraña e inexplicable para interrumpir nuestra oración. Tal vez nos sintamos muy fuertes antes de orar, pero tan pronto nos arrodillamos a orar, nos

sentimos cansados e incapaces de continuar, aunque hayamos dormido bien. El cansancio no viene cuando no oramos, pero apenas empezamos a orar, nos sentimos cansados y con sueño. A veces, inclusive, síntomas de enfermedad que no teníamos antes repentinamente nos sobrevienen. Quizá queramos aliviar una carga mediante la oración, pero cuando nos arrodillamos para orar, no podemos proferir ni una sola palabra. Es como si estuviéramos asfixiados e incapacitados para orar. Es obvio que hay muchas cosas por las cuales orar, pero tan pronto empezamos a orar, nos volvemos insensibles y fríos y no sentimos que tengamos ningún motivo de oración. Aun si oramos, es como si habláramos al aire, y las palabras se nos acaban después de elevar dos o tres oraciones. No teníamos ninguno de esos problemas antes de empezar a orar. Sólo cuando nos arrodillamos a orar, vienen repentinamente a nosotros. Si no comprendemos que esto es parte del engaño de Satanás que viene a destruir nuestra oración, pensaremos dejar de orar y levantarnos a los pocos minutos de habernos arrodillado. Por lo tanto, a fin de orar, es decir, orar cabalmente y aliviar la carga, tenemos que velar en la oración. Necesitamos velar para resistir aquello que podría impedirnos orar. Esto requiere que peleemos la batalla. Antes de orar, necesitamos orar pidiendo a Dios que nos capacite para orar. Mientras oramos, debemos pedirle a Dios que nos guarde en oración sin que seamos distraídos, y que nos libre de todo el engaño del enemigo que nos impida orar. Tenemos que hablar a todos los pensamientos y voces que nos distraen al igual que a las enfermedades y debilidades y declarar que todos estos acontecimientos inexplicables son mentiras y engaños de Satanás y que nos oponemos a ellos. Tenemos que abrir nuestra boca y ahuyentarlos. No debemos cederles terreno; debemos velar y resistir los ardides de Satanás por medio de la oración. Entonces no sólo podremos orar, sino que oraremos exhaustivamente.

A fin de orar exhaustivamente y con poder no podemos quedarnos esperando pasivamente. Ni la comodidad ni nuestra imaginación nos conducirán a una vida de oración. Tenemos que aprender, ser quebrantados y luchar para poder mantener esta clase de oración.

Al orar, también tenemos que estar en guardia contra las oraciones que no son verdaderas oraciones. Satanás no solamente tratará de robarnos nuestro tiempo de oración y despojarnos de la fuerza para orar, sino que también vendrá para hacer que mientras oremos, digamos cosas incoherentes, confusas y triviales y que usemos vana palabrería. El hará que pidamos en vano y que malgastemos nuestro tiempo de oración. Tratará de ocupar nuestro tiempo de oración para que nuestra oración sea ineficaz. Muchas oraciones carnales, viejas, largas, terrenales, superficiales y sin sentido, consumen el tiempo y son un desperdicio. Es como si oráramos por costumbre. Pero en realidad, dentro de estas oraciones hay

sugerencias, instigaciones y engaños de Satanás. Si no velamos, nuestra oración no tendrá ni sentido ni fruto. Un hermano contó una anécdota que leyó en la biografía de Evan Roberts. Una vez había algunas personas en su casa orando. A la mitad de la oración de un hermano, el hermano Roberts se levantó y le tapó la boca, diciendo: "Hermano, no siga. Usted no está orando". El hermano que leyó esta anécdota dijo para sí: "¿Cómo pudo atreverse a hacer algo así?" Pero luego se dio cuenta de que el hermano Roberts tenía razón. Muchas palabras dichas en nuestras oraciones salen de la carne y son instigadas por Satanás. Es posible que estas oraciones sean largas, pero muchas de ellas no son prácticas ni útiles. Hermanos y hermanas, esto es un hecho. Muchas veces da la impresión de que damos vueltas en nuestra oración. El tiempo es desperdiciado y se nos agotan las fuerzas, sin que digamos nada específico en la oración. No podemos esperar que Dios conteste esta clase de oración. Tal oración no tiene valor espiritual. Cuando oramos, tenemos que velar y no emplear mucho tiempo ni dar muchas explicaciones. Deberíamos, más bien, expresarle a Dios lo que está en nuestro corazón con sinceridad. Nunca debemos llenar nuestra oración con palabras vacías.

Tenemos que velar para que cuando oremos no hablemos descuidadamente. Una vez un hombre muy experimentado en la oración escribió un himno. Una línea de ese himno habla acerca de la oración. Dice que si uno quiere orar a Dios, primero debe saber con certeza lo que quiere de Dios. Hermanos y hermanas, si no sabemos lo que queremos cuando nos arrodillamos para orar, ¿cómo podemos esperar que Dios conteste nuestra oración? Si nuestra oración carece de propósito y de sinceridad, no es oración. Satanás utilizará esto para hacernos pensar que hemos orado, cuando en realidad no lo hemos hecho. Tenemos que ser vigilantes y estar en guardia para que cada vez que acudamos a orar delante de Dios, sepamos cuál es el deseo de nuestro corazón. Si no tenemos ningún deseo, no tenemos oración. Todas las oraciones son gobernadas por nuestro deseo. Nuestro Señor pone atención a esto. El ciego Bartimeo le rogó al Señor, diciendo: "¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!" El Señor le preguntó: "¿Qué quieres que te haga?" (Mr. 10:47, 51). El Señor nos hace la misma pregunta hoy: "¿Qué quieres que te haga?" ¿Puede usted contestar esa pregunta? Hay algunos hermanos y hermanas que oran diez o veinte minutos. Luego cuando uno les pregunta: "¿Qué le pediste a Dios?", no pueden responder. Aunque posiblemente dijeron muchas cosas en su oración, ni siquiera saben lo que pidieron. Esta es una oración sin deseo, carente de propósito y que no cuenta para Dios. Tenemos que velar para defendernos de esta clase de oración.

Cuando oramos, no sólo debemos tener un deseo, sino también las palabras para expresarlo. A veces hay un deseo en nuestro corazón, pero cuanto más hablamos, más lejos parecemos estar de nuestro deseo. También debemos velar para estar en

guardia contra esto, ya que la estrategia de Satanás consiste en impedir que oremos, o empujarnos en la oración para que quedemos completamente perdidos al orar. Por lo tanto, cuando oremos debemos estar en guardia para que nuestras palabras no se desvíen del centro. Una vez que nos demos cuenta de que nuestras palabras se han desviado, debemos regresar. Debemos velar para poder dirigir nuestra oración al blanco y persistir para no dejar entrar palabras innecesarias. Debemos guardarnos de hacer oraciones que en realidad no lo son.

Necesitamos velar en oración y no permitir que Satanás interrumpa nuestra oración con sus engaños. Muchas veces Satanás nos acusará después de que hayamos sufrido una pequeña derrota y hará que nos analicemos mientras oramos, de tal modo que no podamos abrir nuestra boca delante de Dios. Cuando la respuesta de Dios parece estar muy lejos, Satanás hará que nos sintamos desalentados y desilusionados, y hará que perdamos el deseo de seguir confiando en Dios. Hermanos y hermanas, si nuestra oración ha de corresponder a la voluntad de Dios tenemos que persistir en ella hasta el fin. Aún cuando fracasemos, podemos venir delante de Dios por medio de la sangre del Cordero; no debemos permitir que Satanás interfiera. Debemos ser como la viuda que oró hasta que el juez le hizo justicia (Lc. 18:7). Debemos ser como la sunamita que se negó a marcharse hasta que Eliseo se levantó y la siguió (2 R. 4:30). Creemos que una demora en la respuesta a la oración nos permite comprender algo que no habíamos comprendido y aprender lecciones que ignorábamos. Nunca debemos permitirle a Satanás que detenga nuestra oración ni que la dañe.

Podemos cantar himnos en cuanto a la guerra espiritual; tales como #396, #330 y #402 (de *Himnos*).

Satanás no se quedará pasivo cuando algunos de nosotros nos reunamos a orar. Estará activo de muchas maneras y trazará muchos planes para detener nuestra oración. Tal vez surjan rumores infundados, informes falsos, celos sin causa, malos entendidos, complicaciones, temores inexplicables y olas de amenazas procedentes de todos lados. Todos estos ataques están bajo la dirección secreta de Satanás y tienen el propósito de crear alguna especie de división para sacudir la reunión de oración y destruir la unidad en la oración. Así que, debemos someterlo todo a prueba (1 Ts. 5:21). No debemos hacer caso a palabras dichas a la ligera, ni debemos ser movidos por ellas ni difundirlas. Si velamos, descubriremos que muchas palabras innecesarias e inexactas, y otras cosas, son engaños del enemigo. Su meta es hacer que el pueblo de Dios dude, se debilite y se disperse. Por un lado, debemos orar, y por otro, debemos estar en guardia. Necesitamos seguir el ejemplo de Nehemías, quien puso guarda de día y de noche (Neh. 4:9). Nuestra respuesta a la amenaza de Satanás es: “No hay tal cosa como dices, sino que de tu corazón tú lo inventas ... ¿Un hombre como yo ha de huir? ¿Y quién, que fuera como yo, entraría

al templo para salvarse la vida? No entraré” (Neh. 6:8, 11). No temeremos ni dejaremos de orar. En una ocasión un hermano dijo: “Cuánto necesitamos un atalaya que vigile contra el engaño del diablo, pues los ardidés que usa para destruir la vida corporativa del pueblo de Dios exceden a nuestra capacidad de contar”. Por esta razón, necesitamos velar para examinar y supervisar estas cosas a fin de no dar a Satanás la oportunidad de dividirnos, de destruir nuestra unidad en la oración ni de detener nuestras oraciones.

También tenemos que velar en nuestra oración a fin de que no caigamos en el engaño de Satanás de no hacer específica nuestra oración. Hay muchos asuntos que requieren una decisión, muchas personas que necesitan oración, muchos mensajes cruciales que deben ser presentados y muchos problemas que necesitan ser resueltos. Sin embargo, parece que escasean las cosas por las cuales orar. Ni siquiera encontramos palabras para orar, y a duras penas logramos terminar dos o tres frases. Tenemos que estar conscientes de que el ataque de Satanás está presente. Es cierto que nuestras oraciones se vuelven rutinarias debido a nuestro descuido, nuestro temor de comprometernos, nuestra falta de amor o nuestra indisposición a avanzar y a ser exhaustivos en ellas. Pero también es cierto que en otras ocasiones al reunirnos, verdaderamente deseamos orar. Sin embargo, se ofrecen muy pocas oraciones. Esto demuestra que hay un peligro inminente. Este peligro es diseñado por Satanás para hacer que dejemos de orar. Si velamos, descubriremos que muchos casos de olvido, descuido, demora y negligencia no ocurren intencionalmente, sino que se deben a que Satanás nos arrastra, engaña y roba. Por consiguiente, tenemos que oponernos a sus estratagemas. Tenemos que orar exhaustivamente por la gente, los asuntos, la verdad y nuestros problemas. Debemos comprender que una oración apresurada y “económica” frecuentemente es una oración negligente que le da entrada a Satanás. No debemos descuidarnos sino pedirle al Señor que nos recuerde todas las cargas en nuestra oración y que nos dé las palabras adecuadas para elevarlas en oración. Al mismo tiempo, tenemos que desechar nuestra pereza y nuestra tendencia a dejarlo todo para mañana. Nuestro Señor se levantó “muy de mañana ... y ... oraba”. Cuando Simón y los que estaban con él salieron en Su busca y le dijeron: “Todos te buscan”, El respondió: “Vamos a otro lugar ... para que predique también allí; porque para esto he salido” (Mr. 1:35-38). Cuán específico y completo es nuestro Señor. El “fue al monte a orar, y pasó toda la noche orando a Dios. Y cuando era de día, llamó a Sus discípulos, y escogió a doce de entre ellos, a los cuales también llamó apóstoles” (Lc. 6:12-13). Cuán específico y exhaustivo es esto. Cuando el apóstol Pablo les recordó a los santos de Efeso que velaran en la oración y petición, mencionó “petición por todos los santos; y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio ... para que en ello hable con denuedo, como debo hablar” (Ef. 6:18-20). Esto también es muy

específico y definido; es algo que requiere mucha petición. Si estamos conscientes de que somos el Cuerpo y nos preocupamos por las almas de los pecadores, por los asuntos de los santos y por el servicio de los siervos del Señor, habrá incontables asuntos y personas que requerirán petición. También habrá numerosas oraciones para que todas las verdades sean divulgadas. Al escribir a los santos de Efeso, el apóstol Pablo dijo: “Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre ... para que os dé...” (Ef. 3:14-16). Aquí vemos que la revelación de la verdad gloriosa que Pablo recibió, le llegó por medio de la oración, y que la revelación misma es una oración. En esto vemos que el verdadero valor de la luz de la verdad viene por la oración. Debemos recibir la verdad en nuestra vida por medio de la oración y luego expresarla en la oración. Debemos orar con respecto a todas las verdades que hemos oído y hablado, a fin de que no sólo permanezcan en nuestra mente y en nuestros apuntes, sino que se manifiesten en nuestras vidas. ¡Cuántas oraciones definidas y completas son necesarias para que esto suceda!

La influencia y la manipulación del diablo están detrás de muchos problemas. Si no velamos, podríamos considerarlos simplemente problemas con personas, cosas y eventos. Pero si tenemos discernimiento espiritual, veremos que la obra del diablo está presente en ellos, y echaremos fuera a todos los demonios que se oculten tras estas cosas. Algunas veces, como dijo el Señor, hay demonios que “no sale[n] sino con oración y ayuno” (Mt. 17:21). Esto exige que seamos vigilantes, por un lado, y que persistamos en la oración, por otro. De no ser así, la dificultad será como una montaña; entonces tendremos que ordenarle que se quite y se eche en el mar o tendremos que rodearla. Hermanos y hermanas, despertemos. Tenemos que orar exhaustivamente, sacar a la luz el engaño de Satanás y destruir todo lo que tenga relación con él y sea manipulado por él. Tenemos que echar fuera los demonios que se esconden detrás de todos los problemas.

Tenemos que velar no sólo antes de orar, y mientras oramos, sino también después de orar. Debemos estar alerta y examinar todos los cambios que ocurran después de que hayamos orado. Debemos comprender que todas las oraciones sinceras y que tengan una carga se hacen no sólo “con toda oración” sino también “en todo tiempo”; no sólo una sino muchas veces, y no sólo con toda oración, sino con toda oración en todo tiempo. Por tanto, después de cada oración debemos notar si hay algún desarrollo, algún cambio o algún movimiento. Por ejemplo, cuando Elías oró en la cumbre del monte Carmelo, se arrodilló y puso su rostro entre las rodillas. También le pidió a su siervo que mirara hacia el mar siete veces, hasta que el siervo le informó que había visto una pequeña nube como del tamaño de la palma de una mano de hombre, que se levantaba del mar. Entonces, le dijo a su siervo que fuera a decirle a Acab que preparara la carroza y descendiera, para que la lluvia no lo atajara (1 R. 18:42-44). Esto también se puede ver en la oración de Eliseo por el

hijo de la sunamita. El se tendió sobre el niño hasta que el cuerpo de éste entró en calor. Luego se paseó por la casa de un lado a otro y se tendió sobre el niño nuevamente hasta que el niño estornudó siete veces y abrió los ojos. Entonces Eliseo devolvió el niño a su madre (2 R. 4:33-37). Ni Elías ni Eliseo se arrodillaron simplemente para orar sin traer una petición concreta. Mientras oraban, observaban el efecto de la oración y los cambios de las circunstancias. Por ejemplo, quizá usted esté orando por alguien que se opone al Señor. Usted ora pidiendo que Dios le conceda la fe; usted ora con toda oración, y recibe la promesa de que él será salvo. Sin embargo, es posible que las circunstancias aparentemente empeoren; él intensifica su oposición. Si usted desatiende esto y continúa haciendo la misma oración, no obtendrá resultados. Usted tiene que detectar esto y decírselo al Señor. Si permanece velando, recibirá luz de parte de Dios y se dará cuenta de que su oración ya ha influido en él, y podrá comenzar a alabar a Dios, o se dará cuenta de que necesita cambiar su oración y volver a echar la red. Tal vez, después de algún tiempo, el corazón de la persona se ablande, entonces usted podrá pasar a otra oración para echar otra red. Debemos ajustar nuestra oración conforme a la situación. Para hacer esto necesitamos seguir velando.

Efesios 6 es un capítulo que trata de la guerra espiritual. Lo más importante de este capítulo es la oración que se menciona al final. Entre los hijos de Dios, la oración es lo que recibe ataques con mayor facilidad. Esta es la razón por la cual necesitamos velar al pelear para dedicar un tiempo a la oración, para proteger la oración, para dejar de hacer oraciones que no son auténticas y para estar en guardia contra el ardid de Satanás de interrumpir nuestra oración. Debemos recordar que la oración es un servicio, un servicio excelente. Debemos velar y orar, y poner esto en práctica con diligencia, para que Satanás no tenga la oportunidad de destruir nuestra oración.